Hilary Mantel

Aprender a hablar

DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prefacio
«King Billy Is a Gentleman»
Sacrificios
Curva es la línea de la belleza
Aprender a hablar
La rebelión de la tercera planta
Borrón y cuenta nueva
Los fantasmas de una vida
Referencias de las citas
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Aprender a hablar es una deslumbrante colección de relatos de corte autobiográfico que retrata los momentos transformadores de una infancia atormentada.

Agudos y cargaos del particular humor e ironía que identifican a la autora, estos relatos basados en la vida de Mantel comienzan en los años 50, en un aislado pueblo del norte "azotado por vientos amargos y lenguas mordaces que esparcen rumores". Para lo narradores, apenas unos ñiños, la única forma de sobrevivir es levantarse, seguir adelante y, tan pronto puedan, marcharse para no volver.

Con el estilo engañosamente liviano propio de Mantel, la autora arroja luz a esas conmovedoras experiencias de la infancia que nos cambian para siempre.

Aprender a hablar

Hilary Mantel

Traducción de Albert Vitó i Godina

Ediciones Destino

Una vez más, con cariño
para Anne Terese:
y para su hija:
y para su hija

Prefacio

Estos relatos son sobre la infancia y la juventud. Tardaron muchos años en adquirir su forma definitiva; he elegido esta expresión tan forzada porque, para mí, el proceso de la narrativa breve está lleno de tensión y resistencia. El relato llamado «King Billy Is a Gentleman» llegó en cuestión de segundos con la primera y la última línea intactas, pero tardé doce años en rellenar lo que sucedía entre ellas. Los relatos transmutan y se convierten en historias distintas; aunque no lo sepas, resulta que mientras los escribes no son más que tanteos, narraciones provisionales.

Todos los cuentos surgieron a partir de preguntas que me hice a mí misma durante mis primeros años de vida. No puedo afirmar que convirtiendo mi vida en ficción estuviera resolviendo ningún rompecabezas, pero al menos movía las piezas. Crecí en el norte de Inglaterra, en un pueblo al límite del Peak District, en Derbyshire, que también sirve como ubicación para mi novela *Fludd*. Era un pueblo industrial, con varias fábricas textiles ennegrecidas por el hollín y calles empinadas bordeadas por frías casitas apareadas. Como tanta otra gente del lugar, mis ancestros habían llegado desde Irlanda buscando trabajo, y aunque cuando yo nací ya no había enfrentamientos por las calles, lo primero que preguntabas a alguien que acababas de conocer era cuál era su religión. La moral de la minoría católica romana se escudriñaba desde el púlpito y todos, protestantes y católicos por igual, vivíamos bajo el yugo de las habladurías.

A pesar de eso, cuando tenía unos siete años, el amante de mi madre vino a vivir con nosotros. Durante los cuatro años siguientes conviví con dos padres. Las circunstancias exactas eran tan estrambóticas que, si las hubiera volcado en un relato sin modificarlas, acapararían todo el interés. Por eso en estas ficciones las visitas se convierten en padres, los padres se esfuman, huyen, quedan olvidados; existen en una especie de estado de fuga. Ninguno de ellos son mis

padres de verdad, y permiten que otros hilos narrativos existan en el espacio del mismo relato. De manera que no describiría estos relatos como autobiográficos, sino más bien como autoscópicos. Desde una perspectiva alejada, elevada, escribo contemplando mi cuerpo reducido a un cascarón, con la esperanza de poder encarnarlo a base de frases. Sus contornos se aproximan a los míos, pero existe una penumbra que ofrece margen para la negociación.

Cuando tenía once años y nos mudamos a otra ciudad, perdí un padre y gané un nuevo apellido. El impacto de la transición social se describe en el título del relato. Trata sobre clases sociales, sobre esnobismo y sobre el derecho a ser escuchada, y es cierto salvo por uno o dos detalles. «La rebelión de la tercera planta» trata sobre mi madre y su florecimiento profesional tardío, y creo que puede describirse como biográfico. El relato «Borrón y cuenta nueva» trata sobre una madre y una hija ficticias, aunque desde el punto de vista geográfico es real. Unos parientes de mi padre inglés, George Foster, vivieron en un pueblo que quedó sumergido cuando se construyó un pantano para suministrar agua a las ciudades del noroeste. Las historias sobre el pueblo inundado, corrientes durante mi infancia, fueron mi introducción al terreno pantanoso que hay entre la historia y el mito: un cenagal por el que me he estado moviendo desde entonces.

Hilary Mantel
Diciembre de 2020

King Billy Is a Gentleman

Ahora mismo no puedo quitarme de la cabeza el pueblo en el que nací, más allá del remolino de tentáculos de Mánchester. Vivíamos demasiado cerca de la ciudad para tener una vida propia. Había un servicio de trenes regular, por lo que no hacía falta estar al acecho y estudiar sus costumbres. Sin embargo, los mancunianos no nos caían bien. «De ciudad, retacos y con maldad», supongo que esa era nuestra actitud; nos burlábamos de su acento concatenado y nos daba lástima su físico. Mi madre, lamarckista acérrima, está convencida de que los mancunianos tienen los brazos desproporcionadamente largos por el tiempo que llevan trabajando con telares. Hasta que (aunque esto fue más tarde) montaron una urbanización rojiza y los trasplantaron a centenares, como se hace con esos abetos que se arrancan por Navidad y a los que les mojan las raíces en agua hirviendo; hasta entonces, la verdad es que no tuvimos mucho que ver con la gente de la ciudad. Y, sin embargo, si me preguntas si era un niño de campo tendré que responder: no, no lo era. Nuestro montón de piedras y pizarra, azotado por vientos implacables y cotilleos hostiles, no tenía lugar en una Inglaterra rural de bailes tradicionales y camaradería en la que la cerveza fluía a raudales. Era un lugar roto, estéril, desprovisto de árboles, una especie de campo de refugiados; y, aun así, con la desesperada permanencia que tienden a asumir los campos de refugiados. La nieve cubría las colinas hasta el mes de abril.

Vivíamos en lo más alto del pueblo, en una casa que yo consideraba encantada. Mi padre había desaparecido. Tal vez era su presencia, larga y pálida, lo que pasaba por detrás de la puerta aprovechando las corrientes de aire y le erizaba los pelos del lomo al terrier. Era oficinista; aficionado a los crucigramas, y un poco también a pescar con caña: a los juegos de cartas simples y a coleccionar los cromos que salían en los paquetes de cigarrillos. Se marchó una ventosa mañana de marzo a las diez, con sus álbumes y su abrigo de tweed, dejándose la ropa interior en casa; mi madre lavó las prendas y

las donó a un mercadillo benéfico. No lo echamos mucho de menos, solo las pequeñas melodías que solía tocar al piano: «Pineapple Rag» una y otra vez.

Luego llegó el inquilino. Era del norte, un hombre de vocales largas y lentas que se detenía a paladear palabras que nosotros engullíamos en un abrir y cerrar de ojos. El inquilino era colérico; explotaba a la mínima. Era muy muy impredecible; si querías saber cómo estaría al cabo de un rato tenías que fijarte mucho, sin moverte y sin hacer ruido, recurriendo a todas tus intuiciones. Cuando crecí un poco pasé a interesarme por la ornitología, y decidí aplicar lo que había aprendido. Pero claro, eso fue más adelante, ya que en el pueblo no había muchos pájaros, solo gorriones, estorninos y una tribu denostada de palomas que transitaban envanecidas por las estrechas calles.

El inquilino mostró interés por mí y me sacaba de casa para que le pegara puntapiés a una pelota de fútbol. Sin embargo, yo no era un niño robusto y, a pesar de mis ganas de complacerlo, resultó que tampoco era muy hábil. La pelota se escabullía entre mis pies como un animalito asustado. Cada vez se alarmaba más por los ataques de tos que me dejaban sin aliento; inútil, decía, pero lo decía con temor en el rostro. Al parecer no tardó en darme por imposible y empecé a sentirme como un estorbo. Me acostaba temprano y me quedaba tendido en la cama despierto, escuchando los golpes y gritos de la planta baja; el inquilino necesitaba discutir como necesitaba desayunar. El terrier empezaba a aullar y a gimotear, como si quisiera hacerles compañía, hasta que más tarde mi madre subía al primer piso, sorbiéndose la nariz y sollozando en voz baja. Yo sabía que no dejaría al inquilino, que estaba decidida a quedarse con él. En el sobre que él traía con la paga había más dinero del que jamás habíamos tenido en casa, y aunque al principio se limitaba a pagar el alquiler, con el tiempo pasó a dejar el sobre entero encima de la mesa para que mi madre lo abriera con sus dedos afilados y le devolviera apenas unos cuantos chelines para cerveza y lo que ella creyera que podía necesitar un hombre. Le habían subido el sueldo, me contó mi madre, lo habían ascendido a encargado. Era nuestra oportunidad en la vida. Si hubiera sido una niña, mi madre me habría confiado más cosas; pero yo las iba cazando sobre la marcha. Me quedaba tendido en la cama, despierto incluso después de que los pasos de mi madre

subiendo la escalera dejaran de oírse y el terrier dejara de gemir, cuando las sombras se apoderaban de nuevo de los rincones de mi cuarto; dormitaba, deseando que la casa no estuviera encantada, que los años pasaran en una sola noche de manera que cuando me despertara ya me hubiera convertido en un hombre. Mientras empezaba a adormecerme, soñaba que un día se abriría una puerta en la pared; que la cruzaría e iría a parar a un país en el que yo sería el pequeño rey asmático. Habría una ley contra las discusiones, en mi reino. No obstante, en la vida real llegaba la luz del alba, de un sábado tal vez, y no tenía más remedio que salir a jugar al jardín.

Los jardines que había en la parte trasera de las casas eran franjas alargadas y estrechas, desdibujadas por lo destartaladas que estaban las verjas; tras ellos había unos campos repletos de boñigas grises. Más allá de los campos estaban los páramos, unos embalses que parecían espejos y las pulcras franjas de coníferas verde claro y oscuro que atestiguaban las funciones de la Comisión Forestal. En esos jardines crecía poca cosa: hierba agreste, marañas de arbustos atrofiados, postes devorados por las hormigas y trozos de cable solitarios. Yo solía ir hasta el fondo del jardín para sacar largos clavos oxidados de la cerca desvencijada; arrancaba hojas del lilo y luego olía la sangre verde que me quedaba en las manos mientras pensaba en mi situación, que era bastante peculiar.

Resultaba que Bob y su familia se habían instalado en la casa de al lado durante una de las primeras fases del trasplante de gente procedente de la ciudad. Eso tal vez había marcado su actitud respecto a su porción de terreno. Nosotros observábamos con desconfianza el puñado de frambuesas llenas de bichos que crecían solas en nuestro jardín, los miserables lupinos que echaban semillas; los últimos ruibarbos, que nadie cortaba ni llegaba a cocinar nunca. Sin embargo, Bob había cercado su jardín como quien protege lo más profundo de su alma: como si custodiara el Santo Grial en su invernadero y los vándalos estuvieran aullando, acuartelados en los campos repletos de boñigas. El jardín de Bob era militar, era correcto; sabía a quién servía. La vida crecía de forma ordenada; las semillas llegaban al suelo procedentes de paquetes, brotaban con puntualidad y crecían firmes para que Bobby pudiera pasar revista. Las macetas vacías estaban apiladas como cascos, y las cañas encrespadas parecían bayonetas. Había conquistado y consolidado hasta el último centímetro de

terreno. Era un hombre flaco, de gran barbilla y con la mirada azul y vacua; jamás comía azúcar blanco, solo moreno.

Un día, por encima de la verja apareció Myra, su esposa, criticando lo inmoral que era la manera de vivir de mi madre; cotorreó una secuencia incoherente de exabruptos sobre el ejemplo que estaba dando a sus hijos y a los niños de los jardines de los alrededores. Yo tenía ocho años. Clavé la mirada en ella mientras la boca se me llenaba de palabras violentas que quedaron contenidas dentro, salpicando sangre como si fueran dientes sueltos. Quería decirle que, para los niños de esos patios, y sobre todo los del suyo, no había ejemplos que valieran. Mi madre, la destinataria de la diatriba, se levantó poco a poco de la silla en la que había estado tomando el sol; le dedicó a Myra una única mirada indiferente y entró en la casa sin mediar palabra, dejando a su vecina cacareando como un periquito desenfrenado posado sobre la cerca impecable de Bob. Myra era menuda, anodina, tenía cara de ratón y era magra como un corte sin nombre en el escaparate de una carnicería en una zona de derribos. Según mi madre, los brazos le llegaban por debajo de las rodillas.

Creo que antes de ese incidente las dos casas habían mantenido una relación amistosa. A partir de entonces, no obstante, Bob y sus preocupaciones (allí pondré nueve hileras de alubias, una colmena para abejas) se convirtieron cada vez más en objeto de nuestras burlas secretas. Bob salía de noche al jardín para huir del corte sin nombre que tenía por esposa. Cuando terminaba con sus misteriosas excavaciones, perforaciones y arados, se plantaba junto a la cerca y levantaba sus ojos deslucidos hacia las colinas con las manos en los bolsillos; silbaba una melodía, desentonada y lastimera. Solo podíamos divisarlo desde la cocina, a través de las frías y húmedas neblinas nocturnas que formaban parte del clima por aquel entonces. Luego mi madre corría las cortinas, ponía la tetera sobre los fogones y se lamentaba de su vida; también se reía del pobre Bobby, y se preguntaba qué daños sufriría su jardín antes de que volviéramos a divisarlo en el mismo lugar al día siguiente.

Porque las cercas de Bob no eran seguras. Eran elaboradas, eran refinadas, podríamos afirmar que estaban bien enhebradas, aunque tal vez es un adjetivo extraño, aplicado a una cerca. Eran como Stendhal en los estantes de la biblioteca del pueblo: impresionaban, pero no se adaptaban a ningún propósito que fuéramos capaces de discernir. Las

vacas entraban; las observábamos al amanecer o al anochecer mientras se acercaban con cautela y con la cabeza levantaban el pestillo que había colocado Bobby; mientras lo pisoteaban todo, sorbiendo y masticando sus suculentos productos, satisfaciendo todos y cada uno de sus cuatro estómagos, con un leve regocijo en sus ojos rumiantes.

Pero Bob tenía un concepto más bien bajo de la inteligencia bovina, por lo que acusaba a su hijo Philip de haber dejado la cerca abierta y lo azotaba. Desde nuestro lado de los muros de piedra oíamos los arrebatos dementes de Bobby, sus explosiones de aflicción y desesperación cuando descubría los enrejados de los pepinos arruinados y soltaba unos alaridos que le salían directamente de las entrañas. Esa situación me proporcionaba cierta satisfacción. Tenía unos cuantos amigos; o mejor dicho, había otros niños de mi edad. Pero puesto que mi madre a menudo me excusaba de ir a la escuela, siempre enfermo de una u otra cosa, me veían como un objeto extraño y decían que mi nombre, Liam, era ridículo. Eran niños salvajes, con costras en las rodillas y fervor en el corazón, de boca intolerante y ojos severos; tenían ritos, tenían reglas, y me excluyeron de su tribu. Casi era mejor estar enfermo; es algo que tienes que pasar solo.

Cuando iba a la escuela se notaba que me había rezagado con las lecciones. Nuestra maestra era la señora Burbage, una mujer de tal vez cincuenta años con el pelo ralo y rojizo y las puntas de los dedos amarilleadas por los cigarrillos. Una vez me obligó a ponerme en pie para explicar el proverbio «Nunca arruines el barco por un penique de brea». Así era como se educaba a los niños en esos tiempos. Siempre llevaba una bolsa enorme de tartán y cada mañana la descargaba en el suelo, junto a su escritorio, de un pesado batacazo; al instante empezaban los gritos y los golpes. Vivíamos sometidos a una tiranía y, mientras soñábamos con vengarnos, un año entero de nuestra infancia pasó sin que nos diéramos cuenta. Algunos de los niños planeaban asesinarla.

Estudiábamos la naturaleza; sentados con los brazos cruzados tras la espalda, nos leía sobre los hábitos del verderón. En primavera tocaba el sauce ceniciento, que al parecer está considerado de interés para los niños de todas partes. Pero no es la primavera lo que recuerdo: más bien esos días en los que teníamos las luces encendidas a las once y los tejados y las chimeneas de las fábricas temblaban tras

una cortina de agua. A las cuatro de la tarde la luz del día prácticamente se había desvanecido, absorbida por un cielo oscuro; nuestras katiuskas chapoteaban en contacto con el lodo y las hojas caídas, y el aliento quedaba suspendido en el aire fresco como un desastre inminente.

Los niños que habían estado escuchando a escondidas los cotilleos de sus padres me preguntaban cosas, sobre todo las niñas, intentando descubrir cómo dormíamos en casa. Para mí esas preguntas no tenían ningún sentido, pero aprendí a no responderlas. Hubo peleas: algún forcejeo, algún arañazo, nada serio. «Te enseñaré a pelear», dijo el inquilino. Puse en práctica sus consejos y dejé un reguero de lágrimas y narices ensangrentadas. Era el triunfo del conocimiento sobre la ignorancia, pero me dejó un mal sabor de boca, un temor respecto al futuro. Prefería huir a pelear, y cuando corría las cuestas se volvían borrosas y líquidas ante mis ojos y las costillas me dejaban el corazón atrapado como una langosta en una olla de agua hirviendo.

No tenía muy buena relación con los hijos de Bob. A menudo, cuando estaba jugando fuera, Philip y Suzy salían a su jardín y me lanzaban piedras. Cuando lo rememoro, no comprendo cómo podía haber piedras en el jardín de Bobby; sin duda no había piedras tiradas por ahí que pudieran utilizar como proyectiles improvisados. Supongo que si encontraban alguna sabían que tirándomela a mí le hacían un favor a su padre. Y cuando este se volvió más raro y más huraño y empezó a comer cosas cada vez más peculiares, sin duda tenían que aprovechar la más mínima oportunidad de hacerle un favor.

Suzy era una mocosa despiadada, con la boca fina y ancha como la de un buzón de correos; se colgaba de la cerca y me provocaba. Philip era mayor que yo, unos tres años, tal vez. Tenía la cabeza como un coco modificado y una mirada gris y estrecha de puro desconcierto, y movía el cuello hacia un lado como si se entrenara constantemente para evitar los golpes que recibía por culpa de las vacas; quizá fuera la consecuencia de alguna conmoción cerebral. Respecto a los proyectiles que me lanzaba, no me costaba mucho mantenerme alejado del limitado alcance de su puntería; sin embargo, cuando conseguía esquivarlos con demasiada frecuencia y me daba cuenta de que lo estaba poniendo en ridículo, me encerraba en casa porque veía en su rostro una especie de rabia destructiva latente, como si en cualquier

momento pudiera salir una criatura de su interior, una bestia más salvaje; y lo cierto es que desde entonces he vuelto a ver esa expresión en los rostros de perros grandes e inteligentes cuando están atados. Y con ello no quiero decir que considerara que Philip fuera un animal, ni entonces ni ahora; lo que pensaba era que todos tenemos una naturaleza oculta, una violencia secreta, y yo envidiaba el poder evidente de sus brazos delgados y nervudos, tan llenos de venas y nódulos como los de un hombre adulto. Le envidiaba, detestaba su naturaleza sometida y esperaba no ser como él. En una ocasión respondí arrojándole terrones y palos, aullando como un demonio todos los vituperios que fui capaz de recordar de los libros que había leído: *lacayo*, *cornudo*, *tunante* y *villano*.

A medida que pasaron los meses, la expresión de Bob se volvió cada vez más vacua y sus exabruptos, más peligrosos; incluso su ropa parecía compartir su incoherencia, ondeando tras él alocadamente, como si intentara regresar a la seguridad del guardarropa. Se compró un escúter que se averiaba cada día en lo alto de la colina, frente a la cola del autobús que llevaba al pueblo de al lado. Cada día había la misma gente, y cada mañana la misma gente esperaba aquel espectáculo con impaciencia. Durante esa etapa, Philip a menudo se aproximaba a la cerca y hablaba conmigo. Nuestras conversaciones eran recelosas y elípticas. Una vez me preguntó si sabía los nombres de los nueve planetas. Y sí, yo los sabía. Apuesto, dijo Philip, a que solo conoces Venus y Marte. Yo se los recité de corrido, los nueve. Los planetas tienen satélites, le conté. Un satélite es algo pequeño que da vueltas alrededor de algo más grande, le expliqué, sujeto a una órbita por fuerzas que van más allá de sí mismas; por eso Saturno tiene, entre otros, a Dione, Titán y Febe, mientras que Marte tiene a Deimos y Fobos. Y cuando dije «Fobos» noté que se me formaba un nudo en la garganta, ya que sabía que la palabra significaba «miedo»; pronunciarlo equivalía a sentirlo, y a evocar las preguntas incómodas, el inquilino, la puerta en la pared y las sombras de la noche que se avecinaba.

Entonces Philip me lanzó piedras. Entré y me puse a dibujar sentado a la mesa de la cocina, pendiente del reloj por si el inquilino volvía a casa.

El caso es que Philip y yo no íbamos a la misma escuela. Nuestro pueblo estaba dividido, y aunque los mayores eran tolerantes, o tal

vez desdeñaban la religión, inmersos en sus quinielas de fútbol y sus contratos de compra a plazos, los niños seguíamos con nuestras riñas y nuestros cánticos, la clase de cosas que podían oírse en las calles de Belfast o de Glasgow. Suzy cantaba con su cacareo desafinado:

El rey Guille es un caballero
Lleva reloj con cadeneta.
El sucio papa es un pordiosero
Y pide por nuestra cuneta.[1]

Cerdos irlandeses, decía Philip. Puercos de lodazal. Por mis venas fluía la gasolina; los dedos me pedían pulsar gatillos; las oficinas de correos quedaban fortificadas detrás de mis ojos. Philip me tiraba piedras.

Mi territorio era cada vez más reducido: no podía contar con la casa, ni con el jardín; ni con mi hogar, ni con mi escuela. Lo único que me quedaba era el espacio que tenía tras las costillas, y también era un campo de batalla lleno de cicatrices, una zona de despliegues repentinos y campañas invernales. No le conté a mi madre lo de las persecuciones externas. En parte porque ella ya tenía bastante con lo suyo; en parte porque una vaga sensación de lástima invadía incluso mi duro corazón a medida que el malentendido sobre las vacas iba agravándose y la cabeza de Philip se encogía cada vez más, replegándose hacia el cuello en actitud defensiva. Un día Bobby se llevó el escúter detrás de la casa y lo pateó de un modo salvaje; ya no sabíamos qué hacer.

Llegó un momento en el que nuestro vecino dejó de seguir unos horarios fijos. Se dedicaba a pasear por su finca con el ceño fruncido, torturado. Se tendía a esperar: a que llegara Philip, a que llegaran los animales, la Revelación. Se agazapaba tras su cerca en un rincón, esquelético en su mono azul de trabajo. Las vacas no acudían jamás, cuando las vigilaba. Mi madre miraba por la ventana con los labios fruncidos. La suerte depende de cada uno, decía. Los vecinos hablaban sobre Bobby. Ya no estaban pendientes de si mi padre volvía; en comparación, ese asunto ya no tenía ningún interés. Bobby desherbaba y escardaba sin dejar de lanzar miradas por encima del hombro. Nuestras circunstancias están mejorando, dijo mi madre: si te aplicas lo suficiente, irás al instituto. El pelo oscuro y brillante le

rebotaba sobre los hombros. Podemos permitirnos tu uniforme, me dijo; en otros tiempos no habríamos podido. Entonces pensé que en el instituto me seguirían haciendo preguntas incómodas.

—¿Dónde está mi padre? —le pregunté—. ¿Adónde se fue? ¿Te ha escrito alguna carta?

—Qué sé yo, igual se ha muerto —dijo—. O está en el purgatorio y resulta que allí no hay sellos de correos.

El año que me examiné para entrar en bachillerato Bobby había plantado brezo en macetas. Estaba de pie frente a la cerca de la fachada, intentando vendérselo a los vecinos, insistiendo en lo nutritivo que era. A esas alturas el estatus de Myra ya no era comparable ni al de la escoria del asador del barrio; se volvió como una de las vainas o cáscaras marchitas de los tarros de cristal polvorientos con los que Bob se las arreglaba para ir tirando.

Llegó el cura para el Examen Religioso anual; era la última vez, para mí. Ocupó la silla alta de la directora y colocó sus anchos pies, enfundados en los zapatos de cuero calado, sobre el escalón de madera. Era viejo, y le costaba respirar; desprendía un olor extraño, una mezcla de lana húmeda, cataplasmas, jarabe para la tos y devoción religiosa. Al cura le gustaban las preguntas con trampa. Dibújame un alma, dijo. Un niño de pocas luces aceptó la tiza que le ofreció y trazó en la pizarra una forma que recordaba vagamente a un riñón, o tal vez una suela de zapato. Ah no, dijo el padre con un leve resuello; ah no, pequeño, eso es el corazón.

Ese año, cuando yo tenía diez años, nuestra situación cambió. Mi madre había acertado quedándose con el inquilino colérico; resultó ser un tipo con ansias de prosperar. Nos mudamos con él a una bonita ciudad donde la primavera llegaba pronto, repleta de flores de cerezo, y donde los tordos correteaban por el césped bien recortado. Cuando llovía, la gente del lugar decía que era fantástico para los jardines; en el pueblo solían tomárselo como un lúgubre agravio más dentro de la serie que les ofrecía la vida. En ningún momento dudé de que Bob habría perdido la cabeza por completo entre las hileras saqueadas de lechugas, superado por la aflicción, el desconcierto y la deficiencia de hierro, con los huesos todavía sacudidos por nuestras risas mientras nos marchábamos. No pensé en absoluto en Philip. Lo borré de mi mente, como si nunca hubiera existido. «No debes contarle a nadie que no estamos casados», dijo mi madre, tomándose esa doble vida

con alegría. «No hables jamás con nadie sobre la familia. No es asunto suyo.» No provoques a los que estén tras la cerca del jardín, pensé. Y no pronuncies nunca la palabra *fobos*.

Fue solo más adelante, al marcharme de casa, cuando comprendí que la gente suele ser despreocupada, que hablan con libertad, que viven con libertad. Que no hay secretos en sus vidas ni veneno en sus raíces. La gente que conocí entonces tenía una inocencia y una franqueza absolutamente ajenas a mi propia naturaleza; o si algún día había sido propia de mí, la había perdido mucho tiempo atrás en la neblina nocturna, entre esa oscuridad que llegaba a las cuatro, y que había quedado abandonada en los jardines, entre las cercas y las matas de hierba.

Me convertí en abogado; de algo hay que vivir, como suele decirse. Transcurrió la década de los sesenta entera y mi infancia pasó a pertenecer a un mundo muy anterior y mucho más gris. Era mi país interior, y a veces lo visitaba en sueños que me ensombrecían el día. Estalló el conflicto en Irlanda del Norte, mi familia empezó a discutir al respecto y los periódicos estaban repletos de fotografías de tenderos quemados con caras como las nuestras.

Ya era adulto, me había graduado y hacía tiempo que me había marchado de casa cuando Philip apareció en mi vida de nuevo. Fue en Pascua, en una mañana soleada. Las ventanas del comedor que daba al jardín de césped y rocalla estaban abiertas de par en par; yo era un visitante en mi propio hogar, desayunando con la tostada sobre una rejilla y la mermelada en un plato. Cómo se había visto alterada la vida, ¡alterada más allá de lo imaginable! Incluso el inquilino se había vuelto civilizado, a su manera; vestía traje y asistía a las reuniones del Rotary Club.

Mi madre, ya más rolliza, estaba sentada delante de mí y me tendió el periódico local doblado para mostrarme una fotografía.

—Mira —dijo—, resulta que Suzy se ha casado.

Cogí el periódico y dejé la tostada en el plato. Examiné esa cara y esa figura que formaban parte de mi infancia. Ahí estaba ella, una novia radiante, blandiendo un ramo como si fuera una porra. En su abultada barbilla se dibujaba una sonrisa. A su lado tenía al que ya

era su marido; un poco por detrás, como si fueran trucos de la luz, estaban las formas encorvadas e insustanciales de sus padres. Busqué por detrás de ellos una forma conocida: la de Philip agazapado, vagamente amenazador, solo medio encuadrado.

—¿Dónde está su hermano? —pregunté—. ¿Estuvo en la boda?

—¿Philip? —preguntó mi madre levantando la mirada. Se quedó sentada un momento con los labios separados, una imagen de incertidumbre, mientras desmigajaba un trozo de tostada con los dedos—. ¿No te lo contó nadie? ¿Lo del accidente? Creí que te lo había contado. ¿No te escribí para ponerte al día? —preguntó mientras apartaba su desayuno y me miraba frunciendo el ceño, como si la hubiera decepcionado—. Murió —dijo.

—¿Murió? ¿Cómo?

Se quitó una migaja de la comisura de los labios antes de responder.

—Se suicidó —me dijo; después se puso en pie, se acercó al aparador, abrió un cajón y revolvió los manteles y fotografías que contenía—. Guardé el periódico. Creí que te lo había mandado.

Sabía que me había alejado, que me había estado apartando físicamente, poco a poco, de la primera parte de mi vida. Había echado muchas cosas de menos, por supuesto, y aun así pensaba que no me estaba perdiendo nada relevante. Pero Philip había muerto. Pensé en las piedras que me lanzaba, en la bizquera desconcertada de su mirada, en las magulladuras que se le veían en las piernas nervudas por debajo de los pantalones cortos.

—Ya hace años de eso —añadió mi madre.

Se sentó de nuevo frente a mí, a la mesa, y me entregó el periódico que había guardado. El papel de periódico amarillea enseguida; podría haber salido de una biblioteca pública victoriana. Le di la vuelta y leí que Philip había muerto en una explosión. Todos los detalles del forense: y el veredicto, muerte accidental.

Philip había construido, dentro del cobertizo de Bobby, una bomba de azúcar y herbicida. Se había puesto de moda en esos tiempos lo de fabricar bombas caseras; lo habían popularizado los acontecimientos de Belfast. La bomba de Philip (se desconoce el motivo por el que quiso fabricarla) le había estallado en la cara. Me pregunté qué debía de haberse llevado por delante con la explosión: me imaginé el cobertizo hecho añicos, las macetas apiladas reducidas

a polvo, incluso las vacas del campo levantando la cabeza con curiosidad al oír el estallido. Una idea irrelevante se coló en mi mente, esa Irlanda había acabado siendo su perdición; y mientras tanto yo seguía vivo, uno de los Provisionales de la vida, uno de los que llevaban la boina negra. Philip fue el primero de mis contemporáneos que murió. A menudo pienso en él. Herbicida, me responde el cerebro: como si eso requiriera una réplica. Mi mecha es mucho más lenta.

Sacrificios

Cuando era muy pequeña, tanto que tropezaba cada vez que intentaba sortear el bordillo elevado que había tras la puerta trasera, el perro Victor me sacaba a pasear. Avanzábamos con precaución por el patio, mi mano hundida en la gorguera de pelo hirsuto que le crecía tras el cuello. Era un perro anciano, y el cuero de su collar ya era blando y delgado. Lo envolvía con los dedos mientras la luz del sol caía sobre la piedra y la pizarra, los dientes de león se abrían entre las losas del suelo y las ancianas salían a tomar el aire en los portales, meciéndose sobre sillas de cocina y alisándose las faldas por encima de las rodillas. En algún otro lugar, en las fábricas, los campos y las minas de carbón, Inglaterra seguía con su aburrida existencia.

Mi madre siempre decía que no hay sustitutos. Cada cosa es intrínsecamente ella misma y distinta a cualquier otra. Todo es tan solo una vez, y la felicidad no puede repetirse. Los niños merecen que les pongan un nombre propio. No deberían ponerles el nombre por otra persona. Eso no me parece bien, decía.

Entonces ¿por qué lo hizo? ¿Por qué transgredió su propia ley? Todavía le doy vueltas, de manera que mientras tanto aquí va otra historia, una sobre perros, que tal vez tenga algo que ver. Si consigo alguna prueba, ¿querrás ser el juez?

Sin duda mi madre tenía una opinión tan firme al respecto porque a ella le habían puesto el nombre de su prima Clara, que había muerto en un accidente náutico. Si Clara hubiera sobrevivido ahora tendría ciento siete años. No era ningún rasgo de su carácter lo que explicaba que a mi madre le enojara aquella sustitución, ya que a nadie le constaba que Clara hubiera tenido carácter. No, lo que la disgustaba era la manera que tenía la gente del pueblo de pronunciar su nombre. *Cl-o-ara*: salía viscoso y prolongado de sus bocas, como un hilillo de cola extrudido.

En esa época, primas, tías y tías abuelas vivíamos en la misma hilera de casas. Entrábamos y salíamos por las puertas de los demás

como Pedro por su casa. Mi madre decía que en el mundo civilizado la gente llamaba a la puerta, pero a pesar de repetir el comentario una y otra vez la gente se limitaba a dedicarle una mirada perdida y luego seguían actuando como siempre. Había una gran divergencia entre el efecto que mi madre creía tener sobre el mundo y el efecto que realmente conseguía. De eso me di cuenta más adelante. Cuando tenía siete años pensaba que era el Sol y la Luna, que era como Dios, en todas partes y siempre. Que te leía el pensamiento cuando tú apenas sabías leer cuentos con letra ligada.

En la puerta de al lado vivía mi tía Connie. En realidad era mi prima, pero yo la llamaba «tía» debido a su edad. Todas las relaciones eran confusas, y tampoco era necesario conocerlas al dedillo; solo que el perro Victor vivía con Connie y pasaba la mayor parte del tiempo bajo la mesa de su cocina. Se zampaba un pastel de carne cada día, Connie se encargaba de comprárselo y tenía que subir la calle expresamente para ello. También comía fruta; de hecho, comía cualquier cosa. Mi madre decía que los perros deberían comer comida de verdad, es decir, enlatada.

Victor ya había muerto cuando yo tenía siete años. No recuerdo el día de su muerte, solo una sorda sensación de cataclismo. Connie era viuda. Yo pensaba que siempre lo había sido. Tuve que crecer algo más para enterarme de que *viuda* significaba que en algún momento había habido un marido. Pobre Connie, decía la gente, la pérdida de su fiel perro ha supuesto otro duro golpe.

Cuando cumplí siete años me dieron un reloj, pero a los ocho me regalaron un cachorro. Cuando propuse por primera vez la idea de tener un perro, mi madre dijo que quería un pequinés. Todos la miraron del mismo modo que cuando sugería que la gente civilizada llamaba a la puerta antes de entrar. La idea de que alguien de nuestro pueblo tuviera un pequinés era simplemente absurda; yo eso ya lo sabía. Los lugareños lo habrían pelado y lo habrían asado.

—Es mi cumpleaños y me gustaría un perro como Victor —dije.

—Victor era un perro mestizo —dijo ella.

—Entonces lo que quiero es un mestizo —dije.

Resulta que pensé que un mestizo era una raza. Tía Connie me había dicho «los mestizos son muy fieles».

Me gustaba la idea de la fidelidad. Y eso que no tenía ni idea de lo que implicaba.

Un mestizo, al fin y al cabo, era la opción más barata. Cuando llegó la mañana de mi cumpleaños supongo que estaba muy emocionada, no lo sé. Un joven trajo al cachorro desde la granja de los Godber. Se quedó parpadeando y temblando sobre la alfombra que teníamos frente a la chimenea. Sus patitas diminutas parecían huesos de pollo. Nací en invierno, por lo que ese día las calles estaban heladas. El cachorro era blanco, como Victor, y tenía la cola enroscada como la de Victor, y una mancha marrón en el lomo que parecía una silla de montar y le daba un aspecto útil y doméstico. Hundí la mano en el pelo de su cuello y llegué a la conclusión de que algún día sería lo suficientemente fuerte para poder aferrarme a él.

El chico de la granja de los Godber estaba en la cocina, hablando con mi padrastro, aunque por aquel entonces me obligaban a llamarlo «papá». Oí como el chico decía que era una verdadera lástima, pero no escuché lo suficiente para saber a qué se refería. El chico salió de la casa y mi padrastro lo acompañó. Charlaban como si se conocieran.

En esa época no comprendía cómo llegaba a conocerse la gente. Decían, la conoces, es esa que se casó con ese. Antes de casarse con él se apellidaba Constant, o tal vez Reilly. Hubo una época en la que no comprendía cómo se podía cambiar de apellido, igual que no comprendía cómo sucedían la mayoría de las cosas, en realidad. Cuando alguien salía por la puerta, siempre me preguntaba si volvería en forma de algo o de alguien distinto, o simplemente si volvería. Cuando era pequeña no era tonta, y no me gustaría que lo pareciera. En realidad, todo lo que hacía tenía un motivo u otro. Creía que eran los demás, los que vivían a merced de la suerte, sometidos a los caprichos del destino. Yo era la única heredera de la lógica que reinaba en mi cabeza: la única heredera y beneficiaria.

Mi padrastro salió y me quedé sola en el salón, frente al fuego lento y las brasas de la chimenea; entonces empecé a hablar con el cachorro Victor. Había leído manuales de adiestramiento mientras me preparaba para su llegada. Decían que a los perros les gustaba que les hablaran en una voz baja, con calma, pero no sugerían qué había que decirles usando ese tono. No me pareció que el cachorro tuviera muchos intereses, al menos de momento, por lo que decidí contarle las cosas que me interesaban a mí. Me puse en cuclillas a su lado, para que no se sintiera intimidado por mi colosal tamaño. Lo miré a la cara. Apréndete mi cara, recé. Cuando ya llevaba un buen rato

aburriéndome, Victor se dejó caer al suelo como si le hubieran partido las patas de repente, y durmió como un tronco. Me senté a su lado para contemplarlo. Me puse un libro abierto sobre las rodillas, pero no lo leí. Observaba a Victor, y creo que nunca había estado tan quieta. Sabía que tenía el vicio de no parar de moverme y había intentado combatirlo, pero no sabía que fuera capaz de estar tan quieta, o tan tranquila como durante la primera media hora que pasé mirando a Victor.

Cuando mi padrastro regresó lo hizo con una expresión preocupada en el rostro y algo oculto bajo el abrigo. Un hocico zorruno asomó para husmear el aire de forma audible.

—Este es Mike —dijo él—. Iban a sacrificarlo.

Dejó al nuevo cachorro en el suelo. Era moteado y parecía de goma. Corrió hacia el fuego. Corrió hacia Victor y lo olisqueó. Empezó a corretear en círculos y a lanzar mordiscos al aire, jadeando con la lengua fuera. Saltó sobre Victor y empezó a machacarlo.

Mike, que quede claro, no era un regalo extra para mí. Victor era mi perro y mi responsabilidad. Mike era el otro perro: responsabilidad de todos y de nadie. Victor, como se demostró más adelante, tenía un carácter sosegado y gentil. Cuando le pusimos la correa por primera vez, caminó con delicadeza a mi lado como si lo hubieran adiestrado para ello en una vida anterior.

Mike, en cambio, entró en pánico. Salió corriendo tanto como se lo permitió la correa, soltó un gemido al verse frenado de golpe, dio media vuelta en el aire y cayó a plomo sobre un costado, revolviéndose como si estuviera a punto de sufrir un ataque al corazón. Intenté agarrarlo por el collar, desesperada por liberarlo; Mike tenía los ojos en blanco y el pelo de la garganta empapado por las babas.

Inténtalo de nuevo cuando sea un poco mayor, sugirió mi madre.

Todos dijeron que estaba bien que Victor tuviera la compañía de su hermano, que se serían fieles y todo eso. Yo no lo creía, pero cuando no creía algo me lo guardaba para mí.

Los cachorros vivían bien excepto por las noches, cuando los fantasmas de la casa salían de la despensa y bajaban del armario grande que quedaba a la izquierda de la chimenea. No eran goteos, ni señoritas, ni espectros corteses; no se parecían en absoluto al fantasma ahogado de Clara, con la blusa empapada y decorada con volantes en

el cuello. Eran fantasmas de dientes afilados. No se dejaban ver, pero notabas su presencia cuando a los perros se les erizaba el pelaje y los escalofríos les recorrían el espinazo. A Victor empezó a crecerle el pelo largo en el cuello. A pesar de todo lo que mi madre había jurado, no alimentaba a los perros con comida enlatada. Les dábamos las sobras de lo que tuviéramos. Las sustituciones eran constantes, en casa. Por mucho que se dijera que nada podía compararse con ninguna otra cosa.

—Intenta ponerle la correa al perro otra vez —me dijo mi madre. Si alguien decía «el perro», sabías que se referían a Mike. Victor estaba sentado en un rincón. No imponía su presencia, se limitaba a parpadear con sus ojos pardos.

Intenté ponerle la correa de nuevo. Echó a correr por la habitación, arrastrándome. Saqué un libro de la biblioteca pública, *101 consejos sobre el cuidado de perros*. Mike me lo arrebató por la noche y lo estuvo mordisqueando hasta que solo quedaron los cuatro últimos consejos. Mike te arrastraba hasta un seto, te arrastraba hasta un canal, te arrastraba hasta un lago navegable para que te ahogaras como la prima Clara, cuando su descuidado novio la tiró de un bote de remos. Cuando tenía nueve años, solía pensar mucho en Clara y visualizaba su sombrero de paja flotando entre los nenúfares.

Fue al nacer mi hermano Pegé cuando mi madre rompió su propia regla. Oí a primos y tías hablando en voz baja sobre el tema del nombre. No se preocuparon por saber mi opinión, sin duda creyeron que recomendaría: Oh, ¿por qué no lo llamamos Victor? Alguien propuso Robert, pero mi madre dijo que no soportaría que lo llamaran Bob. Al principio ya quedaron descartados todos esos nombres que la gente suele convertir en otra cosa de forma natural. Aunque eso restringió mucho las opciones. Al final, mi madre se decidió por Peter, insistiendo en que las dos sílabas se pronunciaran a rajatabla. ¿Cómo creía que lo conseguiría cuando empezara a ir a la escuela, cuando estuviera jugando al fútbol, cuando se convirtiera en tejedor o en un soldado de chaqueta caqui? Me preguntaba esa clase de cosas. Me encogí de hombros mentalmente.

—¡Solo era una pregunta! —exclamé con los dedos extendidos y los ojos muy abiertos.

Pero había algo más respecto al nombre del bebé, algo que querían ocultar. Tuve que escuchar tras las puertas, pegarme a la

pared y aguzar el oído para descubrirlo; que al bebé le pondrían un segundo nombre, y que sería George, el nombre del difunto marido de mi tía Connie. Oh, Connie tenía marido, me dije a mí misma. Todavía pensaba que *viuda*, igual que *mestizo*, era una categoría por sí misma.

Peter George, me dije a mí misma, P. G., Pe Ge, Pegé. Tendría nombre, y no sería ni Peter ni Pete. Pero ¿a qué venía tanto secretismo? ¿Por qué lo decían encogiéndose de hombros y bajando la voz? Pues porque Connie no podía saberlo. Porque sería demasiado para ella, porque se pondría histérica si llegaba a enterarse. Era un tributo personal de mi madre hacia ese George que había sido sacrificado tanto tiempo atrás, al que no había mencionado, que yo supiera, hasta ese momento: un tributo por el que estaba dispuesta a lanzar por la borda una de sus convicciones más características. Imagínate, decía, si se lo tomaba en serio.

Pero espera. Espera un momento. Apliquemos un poco de lógica al asunto. Se trataba de Connie, ¿no? ¿De mi tía Connie, la que vivía en la casa de al lado? ¿La misma Connie que al cabo de tres semanas asistiría al bautizo? Como católicos que éramos, bautizábamos pronto a los bebés por miedo al diablo. Visualicé aquella palabra terrible, *George*, pesándole en la lengua al cura, obligándolo a agarrarse el pecho, reduciéndolo a un gruñido hasta que por fin terminara saliendo, cayera sobre el suelo de piedra y recorriera el pasillo central de la iglesia; y luego a Connie levantando el brazo, la palabra «¡Aa... ay!», escapando de su boca abierta mientras el nombre la arrollaba. Qué muerte tan terrible, me dije a mí misma. Y luego, con una sonrisa de satisfacción, me dije: menudo sacrificio.

El caso es que Connie se enteró de lo del nombre antes del bautizo.

—Se lo han contado en la carnicería —dijo mi madre con el ceño fruncido—, y eso que la pobre no había hecho más que entrar para comprar como siempre solo una loncha de...

Abandoné su presencia. En la cocina, Victor estaba sentado en un rincón, exhibiendo el borde de un labio de color hígado. Me pregunté si algo lo había provocado. ¿Un fantasma que había salido antes de tiempo? Tal vez, pensé, es George.

Connie estaba en la casa de al lado, como de costumbre, atareada en la cocina. Se oían los golpes del escurridor contra el fregadero esmaltado, el chirrido de las patas de la silla sobre el linóleo. Durante

los días siguientes no dio muestras de estar sufriendo ningún tipo de aflicción histérica, ni siquiera nostalgia. Mi madre estuvo muy pendiente de ella.

—Jamás deberían habérselo contado —decía mi madre—. Una conmoción semejante podría haberle provocado daños permanentes.

No obstante, por algún motivo me pareció decepcionada.

Yo no entendí por qué, ni lo entiendo ahora, ni tengo claro si quiero entenderlo: fue solo una táctica que una persona estaba probando con otra persona, y ese era el motivo por el que no me gustaba jugar a cunitas, al solitario, a recortar con tijeras o a cualquier tipo de juego que pudiera jugarse dentro de casa. Me daba igual si era invierno, yo prefería salir a jugar con Victor y Mike.

Era primavera cuando nació Pegé. Salí al patio trasero para escapar de sus berreos, de sus vómitos y de esa manera que tiene la gente de hablarles a los bebés. Victor estaba sentado a mis pies, temblando. Mike corría como un loco trazando círculos entre las margaritas. Me eché atrás un sombrero inexistente para rascarme la cabeza como solían hacer en las películas del Oeste y con acento mexicano dije: «Loco».

Mi hermano todavía era muy pequeño cuando el carácter de Victor degeneró claramente. Siempre tímido, de repente se volvió taciturno y empezó a morder. Un día, cuando me acerqué a él para ponerle la correa, saltó y me pegó un mordisco en la mejilla. Creyéndome una belleza incipiente y temiendo que me dejara el rostro marcado, me lavé la herida y luego me apliqué Dettol, un producto de limpieza desinfectante. El resultado fue peor que la mordedura, hasta el punto que ensayé en voz alta la frase «Duele como un demonio». Intenté no contárselo a mi madre, pero el olor a desinfectante me delató.

Más adelante persiguió a Pegé e intentó morderle una pantorrilla. Pegé marchaba al paso de la oca y gracias a eso se libró por unos centímetros, tal vez incluso menos. Tuve que quitarle a Victor un hilo del batín de toalla de mi hermano, que se le había quedado enredado entre los dientes.

En cambio, Victor no atacaba a los mayores. Le traían sin cuidado.

—Solo va a por los niños —dijo mi madre—. Es que no lo entiendo.

Y yo tampoco, no comprendía por qué me incluía con los niños. Si pudiera verme el corazón, pensaba, sabría que no entro en esa categoría.

Por aquel entonces ya teníamos a otro bebé en casa. Victor ya no era de fiar y mi madre dijo que había que encontrar una solución cuanto antes. Mi padrastro se lo llevó bajo el abrigo, bien envuelto para evitar que forcejeara. Nos despedimos de él. Tuvo que inmovilizarlo para que pudiéramos acariciarle la cabeza. Él protestó, la protesta se convirtió en un gruñido y enseguida se lo llevaron hacia la puerta para sacarlo a la calle.

Mi madre dijo que le habían encontrado un nuevo hogar, en casa de una pareja mayor sin hijos. ¡Qué triste! Me los imaginé, visualicé sus rostros apenados iluminándose de repente al ver al perro blanco con aquella práctica silla de montar marrón. Sería el sustituto de los hijos que jamás tuvieron. ¿Le hundirían los dedos en el pelaje del cuello y se aferrarían a él igual que yo?

Era extraño, lo que me dio por creer por aquel entonces. Pegé demostró ser más listo que yo. Sentado en un rincón, estaba erigiendo una torre con bloques de construcción azules, y encima del todo había colocado uno que tenía dibujada una carita de perro. Al final, derribó la columna de un golpe.

—Bum, muerto —dijo.

Más o menos un año después de eso nos mudamos a una nueva ciudad y me cambiaron el apellido de forma oficial. A Pegé y al bebé nuevo ya les pusieron ese apellido desde el principio, por lo que a ellos no tuvieron que cambiárselo. Mi madre decía que había que mantener a raya los cotilleos y la malicia de la gente, que siempre había alguien dispuesto a jugarte una mala pasada a la primera de cambio. Connie y el resto de las tías y los primos venían a visitarnos, pero no con mucha frecuencia. Mi madre decía que no quería que se repitiera el mismo festival una vez más.

De manera que empezaron los años en los que fingí ser la hija de otra persona. La palabra *hija* es breve, suspirada, triste; como si tuvieras que pronunciarla con la mano en la mejilla. La palabra *afligida* de algún modo encaja con *hija*. A veces pensaba en Victor y me sentía afligida. Me sentaba en mi habitación con un compás y una libreta cuadriculada y me dedicaba a bisecar ángulos, mientras fuera los niños chillaban y jugaban con Mike. La verdad es que culpé a Mike

de haber apartado a Victor de su talante cariñoso, pero culpar a un perro de las cosas es algo que solo puedes hacer hasta cierto punto.

Cuando nos mudamos a la casa nueva, Mike experimentó un cambio parecido en magnitud, aunque no en estilo, al que había sufrido su hermano X años atrás. Digo X años porque empezaba a perder la noción del tiempo en esa parte de mi vida, y en el caso de los números las sustituciones son admisibles. Recordaba los acontecimientos bastante bien, pero había olvidado ciertos sentimientos, como lo que sentí el día que Victor llegó de la granja de los Godber, o cuando se lo llevaron a un nuevo hogar. Me acordaba de su gruñido demente, que apenas remitió mientras se lo llevaban. Si ese día hubiera podido morderme, habría sangrado de lo lindo.

El problema con Mike era el siguiente: habíamos pasado a ser de clase media, pero nuestro perro no. Hacía tiempo que habíamos desistido de intentar sacarlo a pasear atado. Pero hacía ejercicio, eso sí, correteaba a cualquier hora del día y de la noche. Saltaba cercas y abría huecos en los setos. Te lo encontrabas cerca de las carnicerías. A veces paseaba por la calle principal y robaba paquetes de los carros de la compra. Un día se zampó una hogaza de pan blanco, escondido bajo un arbusto. Me fijé en lo entregado e inocente que parecía mientras masticaba, rebanada tras rebanada, sosteniendo el paquete con cuidado entre las patas vueltas hacia dentro, como si estuviera rezando.

Cuando mi madre veía que los vecinos asomaban la cabeza por encima de los alerces para dar consejos de jardinería, pensaba que hablaban sobre Mike y la cara se le contraía. Consideraba que estaba defraudando a la familia, que traicionaba sus orígenes mestizos. A esas alturas yo ya conocía el significado de la palabra. No me involucraba en ninguna controversia que tuviera que ver con Mike. Me agazapé en mi cuarto y tracé el continente de Sudamérica. Pegué en mi libro de geografía una fotografía de Brasilia, la blanca y resplandeciente ciudad de la jungla. Junté las manos y recé, llévame allí. No creía en Dios, de manera que de forma provisoria solo les rezaba a genios y fantasmas; a una Clara empapada y a un George que llevaba mucho tiempo muerto.

Mike no tenía ni cinco años cuando empezó a mostrar signos de vejez. Al fin y al cabo, había vivido alocadamente. Un año, era capaz de atrapar entre sus fauces las manzanas que caían del árbol. Las que

no conseguía atrapar antes de que tocaran el suelo las recogían los niños para lanzárselas como si fueran pelotas y él se abalanzaba a por ellas, dejando marcas de derrapes en el césped cada vez que cambiaba de dirección; luego, moviendo el cuello hacia atrás arrojaba la fruta hacia el aire azul para desafiarse a sí mismo de nuevo.

Un año más tarde, sin embargo, ya estaba hecho polvo. No era capaz de atrapar ni una manzana al aire aunque le llovieran sobre la cabeza, y cuando le lanzaban viejas pelotas de tenis se limitaba a trotar hacia ellas vagamente, con diligencia pero sin algarabías ni gritos, y luego daba media vuelta y regresaba poco a poco y con las fauces vacías. Le dije a mi madre, creo que a Mike le falla la vista. Ella dijo, no me había dado cuenta.

No parecía que ese defecto lo afligiera en absoluto. Continuó llevando una vida independiente; guiándose por el olfato, supuse, a través de los huecos de la reja de alambre y las puertas abiertas de los colmados y carnicerías de postín. Pensé que de todos modos no le iría nada mal un humano lazarillo. ¿Y si adiestraba a Pegé? Intenté el experimento que llevaba años sin poner a prueba: atarle la correa al collar. El perro se tendió a mis pies y empezó a gimotear. Me di cuenta de que las manchas del manto que le daban aspecto zorruno se le habían aclarado, como si hubiera pasado demasiado tiempo expuesto al sol y la lluvia. Le quité la correa y me la envolví en la mano para luego guardarla en el fondo del armario del vestíbulo. Me quedé allí, practicando maldiciones en voz baja. Sin saber por qué.

El día de Año Nuevo, quince días antes de mi duodécimo cumpleaños, Mike salió de casa de buena mañana y no regresó jamás.

—Mike no ha venido a merendar —dijo mi padrastro.

—Mike no ve un carajo —repliqué.

Todos fingieron no haberme oído. Había un edicto que prohibía las peleas durante las Navidades, y todavía estábamos bajo su influencia, inmersos en esos días de menús extraños previos a la Epifanía en los que los bebés acaban con el pelo manchado de mermelada, echan *El prisionero de Zenda* en la tele y nadie se da cuenta de qué hora es. Por eso nos alarmamos menos de lo normal y simplemente nos fuimos a la cama bostezando.

Pero me levanté muy temprano y me quedé temblando junto a la ventana, envuelta en la cortina, mirando hacia unas tierras que tuve que imaginar porque no había luz para verlas: sin hojas, húmeda para

la época del año. Si Mike estuviera en casa lo acariciaría, pensé. Él gemiría y zarandearía la puerta trasera, y alguien lo oiría, aparte de mí. Pero tampoco lo sabía con seguridad. No podía confiar en ello. Me pasé los dedos por el pelo para que me quedara levantado como un penacho y regresé a la cama.

No soñé nada. Cuando me desperté eran las nueve en punto. Me sorprendió la indulgencia. Mi madre necesita dormir poco y lo considera un defecto moral en los demás, de manera que normalmente ya habría empezado a berrearme al oído a las ocho, inventando tareas para mí; la tregua navideña no era vigente a primera hora de la mañana. Bajé a la planta baja vestida con mi pijama de topos, aunque tuve la ocurrencia de arremangarme las perneras por encima de las rodillas.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó mi madre—. ¿Y qué te has hecho en el pelo?

—¿Dónde está mi papá? —dije.

—Ha ido a comisaría, por lo de Mike —dijo.

—No —repliqué negando con la cabeza. Volví a desenrollarme las perneras del pijama hasta los tobillos. A la mierda, quise decir, me refiero a mi papá, no al sustituto. «Responde a lo que te he preguntado.»

Al día siguiente salí a llamarlo por las arboledas que envolvían los campos abiertos y por las orillas del canal. Llovió durante parte del día, pero fue una precipitación benigna, anodina. Todo parecía precoz, impropio para esa época del año: la madera podrida de las cercas brillaba de color verde. Me llevé a mi imponente hermano y no le quité el ojo de encima a la borla amarilla que decoraba su gorro. En cuanto la perdía de vista entre los matorrales o los árboles, lo llamaba, ¡Pegé! Lo notaba antes de verlo, correteando con grandes zancadas hasta que se pegaba de nuevo a mí.

Me llené el bolsillo de caramelos baratos y le fui dando uno de vez en cuando, para asegurarme de que continuara andando.

—¡Mike, Mike! —gritábamos. Era domingo, el final de unas largas vacaciones que se habían sumado a la disrupción del Adviento. No nos encontramos a nadie, mientras lo buscábamos. A Pegé empezó a gotearle la nariz. Al cabo de un rato, al ver que el perro no respondía, empezó a llorar. Creía que nos encontraríamos con Mike, al parecer. Como si hubiéramos quedado en algún lugar preestablecido.

Me limité a tirar de Pegé. Era lo único que podía hacer. La palabra *metomentodo* circulaba por mi mente, y pensé en lo bonita que era y en lo bien que describía al perro Mike, siempre metiéndose en todas partes con grandes zancadas y la lengua rosa colgando, mientras Victor se quedaba tendido en casa, incubando su miedo; y yo no podía ayudarlo, porque lo compartía y era lo único que podía darle para comer.

En las orillas del canal por fin encontramos a un señor, no muy mayor, con la chaqueta abierta y ondeando, insuficiente incluso para ese día tan templado; llevaba el pelo rapado, el bolsillo de la camisa de cuadros desgarrado y las zapatillas deportivas cubiertas de barro. Nos preguntó quién era Mike.

Le conté la teoría de mi madre, que a Mike lo había atropellado algún conductor borracho. Pegé no paraba de pasarse la mano por la nariz. El hombre prometió que también llamaría a Mike y que lo llevaría a la policía o a la protectora, si lo encontraba. Cuidado con las perreras de la policía, me dijo, porque sacrifican a los perros al cabo de doce días.

Le dije que al cabo de doce días nos aseguraríamos de preguntarlo. Le dije, mi padras- mi padras- mi *padre* ya ha ido a la policía: al final conseguí decir la palabra. Juro por Dios Todopoderoso que el hombre dijo que se pasaría el día y la noche entera llamando al pobre Michael. Eso me alarmó. Me dio lástima su bolsillo desgarrado, me supo mal no haber cogido aguja e hilo antes de salir de casa.

Me alejé, pero no había recorrido ni cien metros cuando me di cuenta de que había habido un malentendido que era necesario corregir. Mike solo es mi perrastro. Supongamos que hubiera informado mal a ese desconocido. Si volvía para contarle lo ocurrido de nuevo, tal vez solo serviría para que lo olvidara. Ese hombre parecía haberlo olvidado prácticamente todo. Había recorrido cien metros más cuando me di cuenta de que era justo la clase de desconocidos con los que nos advierten que no tenemos que hablar.

Bajé la mirada hacia Pegé, alarmada por segunda vez. Debería haberlo protegido. Esa misma semana Pegé había aprendido a silbar, y en esos momentos silbaba y lloraba al mismo tiempo. Silbaba la sintonía de El Gordo y el Flaco, una melodía que no soporto. Sabía de sobra («de sobra» es otra de las expresiones que utiliza mi madre) que Mike estaría muerto en una cuneta hasta la que seguramente se había

arrastrado, tal vez cojeando, desde el vehículo que lo había atropellado antes de llegar a verlo. Me había pasado el día buscándolo, desafiando aquella realidad.

Estoy muy cansado, se quejó Pegé. Llévame en brazos. Llévame. Miré hacia abajo y me di cuenta de que no podía, y él sabía que no podía, porque ya había crecido tanto que casi debería haber sido él quien me llevara a mí. Le ofrecí un caramelo barato y me apartó la mano de una cachetada.

Llegamos a un muro y lo levanté para que pudiera trepar. Podría haberme levantado él a mí. Nos quedamos allí sentados, mientras el aire se iba ensombreciendo. Eran las cuatro de la tarde, habíamos estado andando y llamando a Mike desde primera hora de la mañana. Pensé, podría ahogar a Pegé y echarle las culpas al tipo del bolsillo desgarrado. Podría arrastrarlo por el camino de sirga agarrándolo por la capucha del abrigo y hundirlo en la maleza verde; y seguir empujando, presionando su cara con una mano, hasta que el peso de la ropa lo hundiera todavía más; y me vi a mí misma, con una belleza descuidada, otra vida, nenúfar y gorrito flotando. Que yo supiera, nadie había acabado en la horca por lo de Clara.

—¿Y mi merienda? —preguntó Pegé. Me vinieron a la cabeza unas palabras de la obra de Shakespeare que estábamos haciendo: «cuando se presentara el momento, el cual de veras se presenta ahora...». La humedad me provocaba dolor, como si fuera mi propia abuela. Pensé, nadie escucha, nadie ve, nadie hace una mierda. Te quedas ciega, pierdes la cabeza y ellos siguen preparando bizcochos por Navidad y friendo huevos. A la mierda, le dije a Pegé, para ver qué pasaba. A la mierda, repitió él. Mike, Mike, gritábamos mientras recorríamos el camino de sirga, y el anochecer empezó a caer sobre nosotros. Pegé deslizó su mano dentro de la mía. Nos adentramos juntos en la oscuridad, con las manos fusionadas y frías. Me dije, a mí misma, no puedo matarlo, es la fidelidad en persona; sin embargo, se me ocurrió que, si se ahogaba, bautizarían a alguien con su nombre.

—Vamos, Pegé —le dije—. Pero deja de silbar de una vez.

Me coloqué tras él, metí mis frías manos en la capucha de su trenca y empecé a guiarlo hacia casa.

El aire quedó cargado de reproches por el lugar en el que habíamos estado, junto al canal, donde viven los vagabundos y vete a saber quién más. Mi madre ya había lavado los platos de Mike a fondo

y los había puesto a escurrir. Puesto que no destacaba por ser una gran ama de casa, esa señal nos reveló que el perro no volvería, por la puerta de casa no, al menos. Entonces lloré un poco, y no por el agotamiento acumulado durante el día, sino que me saltaron de los ojos unas lágrimas repentinas y abrasadoras que borraron el dibujo del papel pintado. Vi que Pegé se me quedaba mirando, boquiabierto, y me supo mal haberme tomado la molestia de llorar. Me limité a secarme la cara con el puño y seguí con lo mío.

Curva es la línea de la belleza

Cuando llegué a la mitad de mi infancia, mis coetáneos empezaron a esfumarse. Desaparecían de las conurbaciones industriales y de las afueras de Mánchester; encontraban sus cuerpos (algunos de ellos, al menos) enterrados en el páramo. Yo había nacido al límite de ese camposanto y me habían enseñado lo que implicaba. El páramo castigaba a quien se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Mataba a los estúpidos y a los desprevenidos. A los domingueros de la gran ciudad, a los niños inútiles con gorros de pompón que se pasaban días caminando en círculos para acabar muriendo víctimas de la exposición a los elementos. Los equipos de rescate quedaban frustrados por la fría y húmeda niebla, que se apoderaba del paisaje como las sábanas cubrían los cadáveres. El páramo no tenía rasgos característicos más allá de los crecimientos y remolinos, las lentas oleadas de paisaje ascendente y descendente, las lomas, los arroyos y los caminos de herradura que transcurrían entre la nada y ninguna parte; la humedad del suelo, las manchas escamosas de nieve tardía y las borrascas de interior, que constituían el clima típico. Incluso cuando hacía buen tiempo, el aire era disperso, miásmico, como recuerdos que no pertenecen a nadie. Cuando la llovizna y la niebla invadían las calles más periféricas, enseguida tenías la sensación de que salir de tu casa, de tu calle, de tu pueblo, constituía un riesgo; un simple error podía ser tu perdición.

La otra forma de perdición, cuando era niña, era la condena. Quedar condenada al infierno, o sea, para la eternidad. Era algo que podía sucederte fácilmente, si eras una niña católica en la década de 1950. Si un conductor imprudente te atropellaba en el peor momento (digamos que a medio camino entre las confesiones mensuales) tu alma resecada podía desprenderse de tu cuerpo como una ramita seca. La ubicación de nuestra escuela solo contribuía a aumentar ese riesgo: estaba entre dos curvas de la carretera. Siempre quedaba la posibilidad del arrepentimiento en el último momento, y se hacía

hincapié en ello: podías salvarte si, ya convertida en un revoltijo de vísceras y huesos triturados, recordabas la fórmula apropiada. De manera que solo era una cuestión de oportunismo. Yo no pensaba que pudiera ser una cuestión de misericordia, ya que para mí no dejaba de ser una teoría que no se aplicaba jamás. Lo único que veía era que los que ostentan el poder sacan el máximo provecho de cualquier situación. Las políticas del patio de recreo y de las aulas son tan instructivas como las del patio de armas y el Senado. Eso lo comprendía, y Tucídides más tarde me lo confirmó: «Los poderosos hacen lo que les permiten sus fuerzas y los débiles ceden ante ello».

En consecuencia, si el fuerte decía: «Nos vamos a Birmingham», pues tocaba ir a Birmingham. Según mi madre, íbamos a visitar a alguien. A quién, pregunté; porque era algo que no habíamos hecho nunca hasta entonces. A una familia a la que no conocemos, dijo, una familia a la que todavía no conocemos. Durante los días posteriores a ese anuncio me repetí a mí misma la palabra *familia* muchas veces, con ese sonido suave como una magdalena mojada en la leche, y me empapé en su aroma, en la calidez humana de las mantas a cuadros y en el olor a levadura de las cabezas de los bebés.

La semana previa a la visita repasé mentalmente las circunstancias que la rodeaban. Me desafié con unas cuantas contradicciones y adivinanzas motivadas por las circunstancias. Analicé quiénes podríamos ser los que íbamos a hacer la visita: porque el asunto no era ni constante ni simple.

La noche previa a la visita me mandaron a la cama a las ocho, y eso que eran vacaciones y al día siguiente era sábado. Abrí la ventana de guillotina y me asomé hacia el anochecer, esperando a que una serie solitaria de farolas floreciera más allá de los campos, a la sombra de las tierras altas. Me llegó una dulce fragancia herbaria, una neblina crepuscular; la melodía del programa nocturno del doctor Kildare flotaba en el aire procedente de un centenar de televisores que se encontraban tras un centenar de ventanas abiertas, en la colina, más allá del embalse, en el páramo; y cuando me quedé dormida vi a los médicos en sus poses congeladas: quietos, solemnes y glaseados, como héroes en la curva de una vasija antigua.

Una vez leí que en una vasija había estos versos grabados:

Recta es la línea del deber;

curva es la línea de la belleza.
Sigue la línea recta y verás
como la curva sigue detrás.

A las cinco en punto, un grito me despertó. Bajé vestida con mi pijama azul de topos para lavarme con el agua caliente de la tetera, y me vi el contorno de la cara hinchado ante aquella luz que era como la sábana gris que usábamos para cubrir la ventana en verano. Nunca había estado tan lejos de casa; ni siquiera mi madre, según me dijo, había estado tan lejos. Estaba emocionada, y la emoción me hacía estornudar. Mi madre estaba de pie en la cocina, bajo los primeros rayos de sol inciertos del día, preparando bocadillos de panceta fría que envolvía con papel encerado; en silencio, con una actitud sacramental.

Íbamos en el coche de Jack, que durante los últimos meses había estado aparcado cada noche delante de casa. Era un cochecito gris, como un molde de gelatina del que un gigante habría podido sacar una jalea asquerosa de profanidad y grasa. El coche tenía un carácter holgazán, mezquino y furtivo. De haber sido un poni, le habrías pegado un tiro. El motor tosía y humeaba, y las tripas le traqueteaban; necesitaba pastillas de freno y un tubo de escape nuevos. Se negaba a avanzar por las cuestas y renqueaba hasta detenerse en las curvas. Trasegaba aceite, y cuando necesitaba un neumático nuevo provocaba riñas en casa porque no había dinero para pagarlo, hasta que alguien acababa dando un portazo tan fuerte que los cristales de los armarios de la cocina temblaban en las ranuras.

El coche sacaba lo peor de quien lo veía. Fue uno de los primeros que hubo en la calle, y los vecinos cometían el error de envidiarlo. Aunque ya se mofaban de nosotros y nos tenían tirria, el coche conseguía que su desprecio llegara a otro nivel cuando nos veían salir de casa cargados con mantas, teteras, hornillos de camping, chubasqueros y katiuskas que nos llevábamos para pasar un día en la playa o en el zoo.

A estas alturas ya éramos cinco. Mi madre y yo; dos niños que mordían, gruñían y pellizcaban, y Jack. Mi padre no nos acompañaba a esas excursiones. Aunque todavía dormía en casa (en la habitación que había al fondo del pasillo, la del fantasma), seguía sus propios horarios y rutinas: su club de jazz de los viernes y sus sesiones

solitarias de síncopa, punteando el piano los fines de semana al atardecer, con la mirada perdida. No siempre había vivido así. En otros tiempos me llevaba a la biblioteca. Salíamos de excursión y me dejaba llevar la red de pesca. Me enseñaba juegos de cartas y a leer los programas de las carreras; puede que no fuera una actividad adecuada para una niña de ocho años, pero cualquier habilidad era preciada, en ese mundo tan viejo y tonto en el que vivíamos.

Sin embargo, esos días habían quedado atrás para mí. Jack se había mudado con nosotros. Al principio solo venía a visitarnos y luego, sin transición, simplemente parecía estar siempre presente. Nunca llevaba bolsa ni deshacía ningún equipaje; se limitaba a venir tal cual. Después de trabajar conducía aquel maligno coche hasta casa y, en cuanto subía los escalones y cruzaba la puerta, mi padre se disolvía en sus sombrías ocupaciones nocturnas. Jack tenía la piel bronceada y músculos bajo la camisa. Era la definición de hombre, si un hombre era lo que causaba alarma y destrozaba la paz.

Para distraerme, mientras mi madre me desenredaba el pelo, un día me contó la historia de David y Goliat. Sin mucho éxito. Y eso que puso mucho empeño, tanto como yo para acallar mis chillidos. Mientras hablaba, su voz entraba y salía de las entonaciones londinenses con las que había nacido; los ojos le titilaban, pequeños y de color caramelo, con el blanco amarillento. Le ponía voz a Goliat, pero, a mi parecer, tenía carencias respecto a David.

Tras una media hora realmente larga, mi madre terminó de peinarme. Con el peso enorme del pelo que todavía tenía tachonado al cráneo con clips de acero, bajé de la silla de la cocina, agotada, y Jack se puso en pie, supongo que tan agotado como yo; no debía de tener ni idea de la frecuencia con la que tenía que pasar por ese calvario. Le gustaban los niños, o al menos imaginaba que le gustaban. Sin embargo (debido a unos acontecimientos recientes y a cómo tenía amueblada la cabeza), yo no era exactamente una niña, y al mismo tiempo él también era muy joven, demasiado inexperto para lidiar con el percal en el que se había metido, de manera que siempre estaba de los nervios, irritable, agitado y muy susceptible; como alguien sometido a una gran presión. A mí me daban miedo su temperamento enardecido y su irracionalidad: discutía con objetos toscos, pateaba hierro y madera, maldecía el fuego cuando no se encendía. Yo me estremecía al oír su voz, pero intentaba que la procesión fuera por

dentro.

Ahora, cuando echo la vista atrás, encuentro en mí misma (en la medida en que puedo nombrar lo que encuentro) una débil sensación de compañerismo que va camino de la lástima.

Fueron el mal genio de Jack y su pasión por los desamparados, los motivos del viaje a Birmingham. Íbamos a ver a un amigo suyo, que era africano. Recordaréis que acababa de empezar el año 1962, y yo jamás había visto a ningún africano excepto en fotografías, pero la perspectiva en sí misma me pareció menos emocionante que el hecho de saber que Jack tenía un amigo. Yo creía que lo de tener amigos era algo propio de los niños. Por lo visto, mi madre pensaba que era algo que se pasaba con la edad. Los adultos no tenían amigos: tenían parientes. Solo los parientes venían a casa. Los vecinos también podían venir, por supuesto. Pero no a nuestra casa. A esas alturas mi madre era objeto de escándalo y no salía. En realidad todos éramos objeto de escándalo, pero algunos debíamos salir. Yo tenía que ir a la escuela, por ejemplo. Lo dictaba la ley.

Eran las seis de la mañana cuando nos apiñamos en el coche, los dos niños medio adormilados a mi lado, sobre el cuero rojo del asiento trasero. En esa época se tardaba mucho tiempo en llegar a cualquier parte. Para empezar, no había ni autopistas. Todavía había postes que indicaban hacia varias direcciones y al parecer no teníamos mapas. Mi madre no sabía distinguir la derecha de la izquierda, por lo que gritaba «¡Por allí, por allí!» cada vez que veía un poste indicador y le daba por leerlo. El coche entonces se desviaba en cualquier dirección, Jack empezaba a soltar tacos y ella respondía gritando. Nuestros viajes solían terminar con el coche atascado en la arena de Southport, o averiado junto al muro de piedra seca de algún paisaje pintoresco de Derbyshire, con la tapa del vil motor traqueteante abierta y mi madre dando consejos desde la ventanilla bajada: consejos temerosos que no cesaban hasta que Jack se ponía a bailar con rabia sobre la carretera o sobre unas arenas traicioneras, imitando alaridos femeninos; entonces ella recogía los últimos harapos de autocontrol como quien recoge el ramo marchito de una diva moribunda, bajaba la voz una octava y aseguraba: «Yo no hablo así».

Pero ese día en concreto, el día que nos dirigíamos a Birmingham, no nos perdimos ni una sola vez. Parecía un milagro. A la espléndida hora de las diez de la mañana, todavía con buen tiempo, nos comimos los bocadillos, y todavía recuerdo ese primer bocado prolongado de grasa salada, formando un tapón en el paladar: el sorbo de Nescafé para hacerlo bajar, recién salido de un termo humeante. En alguna ciudad nos detuvimos a repostar gasolina. Eso también transcurrió sin incidentes.

Ensayé mentalmente el motivo que había tras esa visita. El africano, el amigo, en esos momentos ya no, pero tiempo atrás había sido compañero de trabajo de Jack. Y solían hablar. Y se llamaba Jacob. Mi madre me dijo, no digas «Jacob es negro», di «Jacob es de color».

¿Cómo? ¿De color?, dije. ¿De color o de colores? ¿Era a rayas, como la toalla que en ese mismo instante estaba colgada frente al fuego para que se secara? Me la quedé mirando; las franjas se habían fundido hasta convertirse en un gris violáceo irregular. La toqué; las fibras eran tan duras como la hierba seca. *Negro*, según me dijo mi madre, no es el término que utiliza la gente educada. ¡Y para ya de manosear la toalla!

Y ahora el amigo, Jacob. En otro tiempo había vivido en Mánchester y había trabajado con Jack. Se había casado con una chica blanca. Habían intentado conseguir alojamiento, pero los habían rechazado en cada portal. No quedaban habitaciones en la pensión. Y eso que Eva estaba embarazada. Sobre todo porque estaba embarazada. Incluso la puerta del establo; les cerraron a cal y canto. GENTE DE COLOR, NO, rezaban los carteles.

¡Oh, feliz Inglaterra! Al menos la gente sabía escribir, por aquel entonces. No había faltas de ortografía en los carteles ni se dejaban las comas. Eso es todo lo que puede decirse al respecto.

Total, que Jacob le contó a Jack los apuros por los que estaba pasando: lo de no tener casa, las notas con insultos, el embarazo de Eva. Jack, enardecido al instante, escribió una carta a un periódico sensacionalista. El periódico, que enseguida detectó una causa, también se inflamó. Hubo menciones y menoscabos; se montó una campaña. Se escribieron cartas y se hicieron preguntas. Lo siguiente que supieron era que Jacob se había mudado a Birmingham y había conseguido un empleo nuevo. Ahora tenía casa y no un bebé, sino dos.

Su vida había mejorado. Pero Jacob jamás olvidaría que Jack se había partido la cara por él. Esa, dijo mi madre, era la expresión que había utilizado.

David y Goliat, pensé. Enseguida empezó a picarme el cuero cabelludo y noté el frío de los clips de acero. La noche anterior había tenido demasiado trabajo para peinarme la melena. El pelo me caía suavemente por la espalda, pero por encima de la nuca se ocultaba una maraña secreta que, si dormía por segunda vez sobre ella, requeriría una hora entera de aullidos para desenredarla.

La casa de Jacob estaba construida con ladrillos de un discreto color marrón, tenía una cerca pintada de blanco y un árbol en un cubo fuera. Una ventana enorme daba a un margen de césped en el que había un arbolito; y la calle se curvaba, bordeada por casas parecidas, todas con sus respectivos jardines cuadrados. Salimos del calor del coche y nos quedamos con las piernas hechas un flan en el arcén. Tras la luna de cristal detectamos un movimiento y Jacob nos abrió la puerta mientras una sonrisa se abría paso en su rostro. Era un hombre alto y esbelto, y me gustó el contraste de su camisa blanca con el leve brillo de su piel. Me esforcé en no decir, incluso en no pensar, el término que no utiliza la gente educada. Jacob, me dije a mí misma, es de un color lavanda oscuro que podría tender a púrpura en los días nublados.

Eva salió detrás de él. Su palidez era compensatoria, y cuando extendió la mano para acariciar vagamente a mis hermanos pequeños, lo hizo con unos dedos que parecían de masa enrollada. Vaya, vaya, dijeron los adultos. Qué bonito todo esto. Encantador, Eva. Y alfombras a medida. Sí, dijo Eva. ¿Queréis que salgamos a gastar un penique? Yo no conocía esa frase. Lávate las manos, me dijo mi madre. Eva me dijo, sube arriba, cielo.

En lo alto de la escalera había un baño, algo que yo no tenía motivos para dar por supuesto. Eva me hizo entrar con una sonrisa y cerró la puerta tras ella. De pie frente al lavamanos, mirándome en el espejo, me lavé las manos con esmero usando jabón Camay. Quizá estaba deshidratada por el viaje, porque al parecer no necesitaba nada más. Tarareé en voz baja la sintonía del anuncio, «cada día... un poco

más hermosa... con el fabuloso Camay rosa». No me detuve a fisgonear mucho. Ya podía oírlos en la escalera, gritando que les tocaba a ellos. Me sequé cuidadosamente las manos con la toalla que había detrás de la puerta. Vi que había un pestillo y por un momento me pasó por la cabeza la posibilidad de encerrarme dentro. Pero empezaron aquellos golpes tan familiares, un cabezazo, un golpe seco y unas risitas; abrí la puerta para que mis hermanos pudieran entrar en tromba y bajé a la planta baja para enfrentarme al resto del día.

Todo había ido bien, hasta la última hora del trayecto.

—No falta mucho —había dicho mi madre, tras lo que se volvió de repente en su asiento. Se nos quedó mirando en silencio, estirando el cuello. Luego añadió—: Cuando visitemos a Jacob no digas «Jack». No es apropiado. Quiero que digas —entonces empezó a forcejear con varias palabras— «papá»... o «papá Jack».

Su cabeza quedó mirando al frente de nuevo. Estudiando la línea de su mejilla, me pareció que estaba mareada. Había sido una actuación muy poco convincente. Casi sentí vergüenza ajena.

—¿Solo hoy? —pregunté con una voz que sonó fría.

No me respondió a eso.

Cuando volví a bajar al salón estaban haciendo desfilar a los hijos de Eva, un niño pequeño y un bebé, mientras comentaban que era curioso cómo habían salido, uno de color mantequilla y el otro azulado, y Jacob también decía que era curioso cómo habían salido y que nunca se sabía, en realidad, y que seguramente no estaba al alcance de la ciencia actual. El sonido de una sartén sobre un fogón encendido llegó desde la cocina, y también un estallido de vapor y un ruido metálico; Eva dijo, las zanahorias, tengo que echarles un vistazo. Secándose las manos en el delantal, fue hacia la puerta y se fundió con el vapor. Mis ojos la siguieron. Jacob sonrió y dijo, ¿cómo está el hombre que se partió la cara por mí?

Los niños comimos en la cocina; los de mi familia, claro, porque los dos bebés se sentaron en sus tronas junto a Eva para engullir papilla a

cucharadas. Había una mesita roja con un ala abatible, y Eva dejó la puerta abierta para que entrara la luz del sol desde el jardín. Nos sirvieron unas lonchas enormes de cerdo asado con una salsa beige tan espesa que quedaba marcada por las pasadas del cuchillo. Para ser sincera, creo que lo que recuerdo con más nitidez es la textura de la salsa, densa como un caramelo de mantequilla; la recuerdo más incluso que el pánico asfixiante de la tarde, aquellas lágrimas y oraciones para las que ya solo quedaba una hora, más o menos.

Después de cenar llegó Tabby. No era una gata, sino una niña, la sobrina de Jacob. ¿Te gusta dibujar?, me preguntaron. Tabby había traído una gran bolsa de la que sacó toscas hojas de papel coloreado y un juego completo de lápices de colores afilados por los dos extremos. Me dedicó una sonrisa fugaz y modesta, y también un pestañeo. Nos instalamos en un rincón y empezamos a retratarnos mutuamente.

En el jardín, los chicos se dedicaron a desenterrar lombrices, chillar, forcejear por el césped y pegarse puñetazos. Pensé que los dos bebés, en esos momentos sumidos en un sueño láctico, no tardarían en comportarse del mismo modo. Cuando uno de los niños le pegaba al otro un tortazo más fuerte de lo habitual, la víctima gritaba: «¡Jack, Jack!».

Mi madre se quedó un buen rato contemplando el jardín.

—Qué arbusto tan bonito, Eva —dijo. Pude verla a través del ángulo que formaba la puerta abierta de la cocina, con sus sandalias de tacón plantadas de lleno sobre el linóleo. Era más bajita de lo que yo creía, cuando la vi junto a la mole harinosa que era Eva, y me di cuenta de que tenía los ojos clavados más allá del arbusto en cuestión: en el día en el que dejaría atrás el pueblo del páramo y ella también tendría su propio arbusto. Incliné la cabeza sobre el papel e intenté dibujar la línea borrosa de la mejilla de Tabby, el ángulo del cuello respecto a la barbilla. Pero fui incapaz de plasmar la curva de la carne y su sutil vellosidad; apoyé la punta del lápiz en el papel con delicadeza, aunque en realidad me apetecía enrollarlo en nata, o en algo de una suavidad vegetal pero maleable, como un pétalo de rosa caído. Ya me había fijado, con interés, en que los crayones de Tabby estaban afilados como los que yo tenía en casa. No utilizaba mucho el color salsa de carne, y todavía menos el ne**o. Casi igual de impopular era el crayón de doble punta de color malva mórbido/rosa oscuro. El más popular en su caso era el dorado/verde: y a mí me

ocurría igual. En aquellos días, cuando me cansaba de pintar con los crayones y me ponía a jugar con ellos simulando que eran soldados, tenía que imaginar que el dorado/verde era un simple tamborilero, ya que era el más corto de todos.

El lápiz no fluía bien sobre ese papel tan tosco; de golpe, mi ensoñación quedó interrumpida. Tomé aire. Me mordí el labio. Noté que el corazón se me aceleraba: flotaba en el aire una ofensa inextricable, un rastro sutil como el olor a hortalizas viejas en el agua. Este papel es para niños, pensé; es para bebés que no saben dibujar. Mis dedos se aferraron al crayón, sosteniéndolo como si fuera una daga. La mano se me cerró para asirlo. Tan rápido como pude, empecé a dibujar personajes de dibujos animados, con extremidades rectas y sin articulaciones, y Oes marrones en lugar de cabezas, con amplias caras sonrientes y orejas que parecían asas de jarrón; Goliats insignificantes de bocas fileteadas y cinco huesos extendidos a partir de la muñeca.

Tabby levantó la mirada. Shh shh..., me dijo, como si intentara apaciguarme.

Dibujé niños retozando por el césped, niños formados por dos círculos y una tercera O para esas bocas que no paraban de gritar.

Jacob entró, riendo, hablando con Jack por encima del hombro, «... y le digo, si quieres a un delineante por seis libras a la semana, tío, ¡tendrás que pintártelo al óleo!».

Pensé, no llamaré a Jack de ningún modo, ni diré su nombre. Asentiré hacia él para que sepan a quién me refiero. Si hace falta, lo señalaré, aunque la gente educada no señala. ¡Papá Jack! ¡Papá Jack! ¡Tendrán que pintárselo al óleo!

Jacob se plantó detrás de nosotras con una leve sonrisa. El pliegue marcado del cuello de la camisa y el último botón desabrochado revelaban su garganta aterciopelada y de color oscuro.

—Qué niñas tan lindas —dijo—. ¿Qué tenemos aquí? —preguntó cogiendo mi papel—. ¡Menudo talento! —exclamó—. ¿Lo has hecho tú solita, cielo? —preguntó observando los hombrecitos que había dibujado y no el retrato de Tabby, esos trazos indefinidos en la esquina de la página; no se fijó en la inclinación de su barbilla, que parecía una nota musical—. ¡Eh, Jack! —gritó—, mira qué bueno, no puedo creer que haya hecho esto siendo tan pequeña.

—Tengo nueve años —susurré como si quisiera alertarlo del

verdadero estado de la situación. Jacob agitó el papel, entusiasmado.

—Te lo digo de verdad, es un prodigio —comentó. Yo volví la cabeza. Me pareció indecente mirarlo. En ese momento en concreto me pareció que el mundo estaba perdido, y que todas las gargantas adultas bullían, como un cubo de basura en el mes de agosto, macerando el jarabe de las mentiras podridas.

Ahora los observo desde la ventanilla del coche, unos niños cualesquiera en un día cualquiera, en cualquier calle; niños yendo a alguna parte, desconectados de las rutas de los propósitos adultos. Van de dos en dos, de tres en tres, en combinaciones improbables; a veces son una pareja con un pequeño acompañante, a veces es un niño con dos niñas. Llevan lo que podría ser una bolsa de plástico con algo secreto dentro, o un palo o una caja, pero en cualquier caso nada tan obvio como un juguete; en ocasiones, un perro andrajoso cierra la procesión. Las caras son de determinación y sus misiones permanecen ocultas para los ojos adultos; poseen una geografía propia, urbana o rural, que no tiene nada que ver con los marcadores o los postes indicadores que usan los adultos. El país por el que se mueven es más antiguo, más íntimo que el nuestro, solo ellos lo conocen. Y no es de esperar que ese conocimiento falle.

No había necesidad alguna de preguntar si Tabby y yo ya éramos íntimas, mientras caminábamos por el estrecho sendero embarrado que transcurría paralelo al agua. Puede que fuera un canal, pero era el primero que veía en mi vida y me pareció más bien un plácido arroyo de interior, de color gris plateado, sin mareas pero en absoluto inmóvil, bordeado por juncos y hierba alta. Llevaba los dedos bien resguardados por la palma de Tabby, y había una curva de luz en el estrecho dorso de su mano. Era una cabeza más alta que yo, esbelta, fresca al tacto, incluso al término de aquella cálida tarde. Ella tenía diez años y cuarto, según me dijo; a la ligera, casi como si no tuviera interés. En la mano libre llevaba una bolsa de papel, y en la bolsa (que había sacado de su cartera, con la mirada gacha y modesta) había

ciruelas maduras.

Eran (por su perfecta turgencia bajo las puntas de mis dedos, por su frío rubor púrpura) tan jugosas que hundir los dientes en su piel equivalía a convertirte en caníbal temporal, en vampiro por un día. Yo llevaba mi ciruela en la palma de la mano y la iba acariciando, la hacía rodar como un ojo desahuciado mientras notaba que iba calentándose por el contacto con mi piel. Estuvimos paseando, pues, en abstinencia; hasta que Tabby tiró de mi mano, me detuvo y me volvió hacia ella como si requiriera un testigo. Cerró la mano. Hizo rodar la oscura fruta en el puño sin quitarme los ojos de encima. Luego la levantó hasta su boca de color sepia. Sus dientecitos se hundieron en la pulpa madura y el jugo empezó a gotearle por la barbilla. Se la limpió con desenfado, volvió la cara para mirarme de frente y por primera vez vi su sonrisa franca, sus labios separados, el espacio que tenía entre los incisivos. Me dio un ligero toquecito en la muñeca con el dorso de los dedos; noté la dureza de sus uñas.

—Vamos al desguace —dijo.

Eso implicaba atravesar una valla. Por un hueco. Yo sabía que era ilícito. Sabía que me dirían que no: pero, al fin y al cabo, ¿qué me importaba eso aquella tarde? Bajo la alambrada, por un agujero que ya habían ampliado las manos de nuestros predecesores, seguramente protegidas por manoplas de lana gruesa, para evitar los arañazos en la piel. Una vez atravesada la alambrada, Tabby soltó un grito de alegría.

Al cabo de un momento estaba brincando, bailando en el reino de los coches muertos. Se alzaban por encima de nuestras cabezas apilados de tres en tres. Tabby extendía las manos para golpear los capós y guardabarros oxidados. Sabíamos si en algún momento habían tenido cristal en las ventanillas porque los añicos habían quedado esparcidos a nuestros pies. Se veían restos de pintura en los coches: beige, plátano, un escarlata descolorido. Entusiasmada, golpeé el metal con los dedos; se descascarillaba, podía atravesarlo. En ese momento tal vez me reía solo yo, aunque no lo creo.

Me guio por los pasillos hasta que llegamos al corazón del desguace. Jugaremos aquí, me dijo mientras me remolcaba. Nos detuvimos para comernos una ciruela cada una. Nos reímos.

—¿Eres demasiado pequeña para escribir cartas? —me preguntó. Yo no respondí—. ¿Has oído hablar de los amigos por correspondencia? Yo ya tengo uno.

A nuestro alrededor, el desguace mostraba sus huesos. Los coches siniestrados se distinguían con claridad, apilados unos sobre otros, recortados frente a una luz amarilla cada vez más baja. Cuando levanté la mirada, esas carcasas parecían escorzarse, como si pudieran aplastarme en cualquier momento; ventanas abiertas allí donde en su día hubo caras mirando hacia fuera, cavidades de motores donde el aire era azul, neumáticos sin relieve, pasos de rueda embobados, maleteros boquiabiertos y sin equipaje, muelles desnudos donde había habido asientos; y algunos coches estaban retorcidos, como si el fuego los hubiera devastado, enne**ecido. Caminamos con aire sombrío, las mejillas abultadas, por los pasillos intermedios. Cuando nos hubimos adentrado ya muchas hileras, por esquinas ciegas y virajes impuestos por la blanda corrosión de las inestables pilas, quise preguntar, ¿por qué jugáis aquí y a quién te refieres? ¿Tú y quién más? ¿Puedo ser amiga tuya o me olvidarás?, y también, ¿podemos marcharnos ya, por favor?

Tabby desapareció de mi vista, escondida tras un montón de chatarra. Oí que se reía en voz baja.

—¡Te tengo! —exclamé.

—¡Sí! —respondió, y se agachó para rehuirme, pero mi hueso de ciruela le dio de lleno en la sien, y cuando entró en contacto con su carne saboreé el seductor veneno que notas en la lengua cuando abres un hueso de ciruela. Luego Tabby se puso a trotar y yo fui tras ella: cuando pegó un derrape usando las sandalias planas de color marrón a modo de frenos, yo también me detuve y miré hacia arriba, y vi que habíamos llegado a un lugar en el que apenas divisaba el cielo. Toma una ciruela, me dijo. Tendió la bolsa hacia mí. Me he perdido, dijo. Nos, nos hemos perdido. Y siento decirlo.

Como comprenderéis, lo que vino a continuación no puedo describirlo a partir de un reloj. Desde entonces no he vuelto a perderme, no del todo, sin el santuario del raciocinio; sin la esperanza razonable de que me acabarán salvando, porque es posible salvarme y merezco que me salven. Pero esa vez, esa hora siguiente que pasé perdida y que me pareció un día entero, un día con anochecer incluido, la pasamos corriendo como conejos: de pila en pila, de chatarra en chatarra, los siniestros amontonados cada vez más altos a medida que nos adentrábamos más y más, hasta seis metros por encima de nuestras cabezas. No podía culparla. Y no lo hice. Pero

tampoco se me ocurrió nada que pudiera servirnos de ayuda.

Tenía la sensación de que, si nos hubiéramos perdido en el páramo, alguna virtud ancestral me habría impulsado hacia la carretera de grava, hacia una rivera o una nube que me habría conducido, empapada o agotada, hacia la A57, hacia el santuario que supondría el coche de algún desconocido; y el húmedo aliento del interior de ese vehículo me habría parecido, tanto da de quién fuera, como el húmedo aliento protector del vientre de la ballena. Sin embargo, allí no había vida por ninguna parte. No podía hacer nada, porque no había nada natural. El metal estirado, desmenuzable, ne**o ante la luz del anochecer. Tendremos que sobrevivir a base de ciruelas por siempre jamás, pensé. Y es que la sensatez me decía que la única incursión posible en ese lugar sería la de la bola de demolición. Allí no había carne para salvar; no entraría ningún equipo de rescate. Cuando Tabby me cogió la mano, noté las puntas de sus dedos frías como los rodamientos de un cojinete. Hasta que oyó que nos llamaba alguien. Eran voces de hombre. Eso dijo. Yo solo oí gritos lejanos, indescifrables. Nos están llamando por el nombre, dijo. Tío Jacob, papá Jack. Nos están llamando.

Empezó a moverse, por primera vez, en una dirección intencionada.

—¡Tío Jacob! —gritó. En sus ojos brillaba la luz esquiva de la falta de convicción que ya había visto en el rostro de mi madre, ¿esa misma mañana, tal vez?—. ¡Tío Jacob!

Dejó de llamarlo un momento, respetando mi turno, pero yo no grité. ¿No grité o no pude gritar? Dos lágrimas brotaron hirviendo de mis ojos. Para asegurarme de que vivía, me toqué la masa de pelo enredado, el secreto que se alzaba sobre mi nuca: mis dedos la frotaron una y otra vez. Si sobrevivía, tendrían que desenredármelo y sería una tortura. Aquello parecía militar contra la vida; y entonces tuve la sensación, por primera vez y ni mucho menos por última, de que la muerte al menos es directa.

—¡Tío Jacob! —gritó Tabby. Se detuvo con el aliento acelerado y entrecortado, y me ofreció el último hueso de ciruela, ya sin rastro de pulpa.

Se lo quité de la mano sin sentir el más mínimo asco. Los ojos afligidos de Tabby lo miraron. Quedó sobre mi palma, el cerebro marchito de algún animalito. Tabby se inclinó hacia delante. Todavía

tenía la respiración acelerada. Con el borde de la uña del meñique, señaló las circunvoluciones. Se llevó la mano a las costillas.

—Es como el mapa del mundo.

Hubo un intervalo de oración. No lo ocultaré. Fue ella quien lo propuso.

—Me sé una oración —anunció. Yo me limité a esperar—. «Jesusito de mi vida, eres niño como yo...»

—¿De qué sirve rezarle a un niño? —pregunté.

Tabby echó la cabeza hacia atrás, con las narinas hinchadas. Las oraciones empezaron a brotar de su boca sin control.

—«Oh, Señor Todopoderoso, concédenos una noche tranquila...»

Para, le dije.

—«... y al final de la vida...»

Antes de que pudiera darme cuenta, mi puño impactó contra su boca.

Al cabo de unos momentos levantó la mano para tocársela. La punta de uno de sus dedos tembló en contacto con la comisura del labio, la carne aplastada como el terciopelo. Sacó el labio como si hiciera pucheros, de manera que por un momento reveló la membrana interior, oscura y magullada. Ni rastro de sangre.

—¿No piensas llorar? —le dije.

—¿Y tú? —replicó.

No podía decirle, yo nunca lloro. Porque no era cierto y ella lo sabía. En voz baja, me dijo: no pasa nada si tienes ganas de llorar. Eres católica, ¿no? ¿No conoces ninguna oración católica?

Ave María, dije. Enséñamela, me pidió, y me di cuenta del porqué: porque estaba anocheciendo: porque el sol proyectaba furiosas franjas de luz entre las cimas más alejadas del desguace.

—¿No tienes reloj? —me susurró—. Yo tengo uno, un Timex, pero lo tengo en casa, en mi dormitorio.

Yo dije: tengo un reloj, un Westclox, pero no me permiten que le dé cuerda, Jack es el único que puede darle cuerda. Quise decírselo, y también que a menudo está cansado, es tarde y mi reloj se está quedando sin cuerda, se está parando, pero no me atrevo a pedirle que le dé cuerda, y cuando al día siguiente se haya parado habrá gritos, soy el único capaz de hacer una mierda en esta mierda de casa. (Portazo.)

Hay una oración en concreto que nunca falla. Se le reza a san

Bernardo; o se la inventó él, nunca me quedó claro. Acordaos, ¡oh estimadísima Virgen María!, que resulta inaudito que quien haya suplicado vuestra protección, implorando auxilio, haya quedado desamparado. Creí que la recordaba bastante bien, tal vez no eran las palabras exactas, pero ¿realmente eran tan importantes unos cuantos errores cuando llamabas a la puerta de la mismísima Inmaculada en persona? Estaba dispuesta a implorar, a suplicar: y sabía que esa oración era la mejor y la más poderosa que se había inventado jamás. Era una declaración manifiesta dirigida al cielo, ¡ayúdame o vete al infierno! Era una provocación, un desafío, a santa María, Madre de Dios. ¡A ver si lo arreglas! ¡Ahora! ¡Es inaudito! Pero justo cuando estaba a punto de empezar, me di cuenta de que era mejor no recitarla, después de todo. Porque si al final resultaba que no funcionaba...

Tenía la sensación de estar perdiendo la fuerza de los brazos y las piernas. Me senté entre las profundas sombras de la chatarra, cuando todo indicaba que debíamos seguir trepando. No estaba dispuesta a apostar por la oración de san Bernardo y luego vivir toda la vida sabiendo que no servía para nada. Podía llegar a ser una vida larga, muy larga. Supongo que pensé que tarde o temprano me toparía con circunstancias peores y valía la pena guardarse ese último as en la manga.

—¡Trepa! —dijo Tabby, y yo trepé, sabiendo (¿y ella?) que el óxido podía desmoronarse bajo nuestro peso y que podíamos caer justo en medio de la chatarra. Trepa, me dijo, y yo obedecí: tanteando cada paso, poniendo a prueba la resistencia del metal podrido, el juego que permitía y el punto hasta el que cedía bajo mis pies, el patetismo de su tos y su resuello, su abandono y su desesperanza mineral. Tabby trepaba. Con pasos apresurados, ligeros, dando saltitos, las suelas de sus sandalias raspando y arañando las superficies como lo harían las ratas. Y entonces, como el fornido Cortés, se detuvo y señaló un punto con la mirada fija.

—¡Las pilas de leña! —exclamó. Levanté la mirada hasta su cara. Se balanceaba y temblaba, dos metros por encima de mí. La brisa del anochecer le azotaba la falda alrededor de las piernas de alambre—. ¡Las pilas de leña! —repitió mientras su rostro se abría como una flor.

Lo que decía no tenía ningún sentido para mí, pero comprendí el mensaje. ¡Estamos fuera!, gritó. Su brazo me hacía señales para que

me acercara. ¡Vamos, vamos! Me estaba gritando, pero yo lloraba demasiado para oírla. Trepé hacia ella: brazos de cangrejo, patas de cangrejo, dos pasos hacia el lado por cada paso hacia delante. Estiró la mano hacia mi brazo, me acabó agarrando por la ropa y tiró hasta que quedé a su lado. Me zafé de ella. Retiré la manga estirada de mi cárdigan y saqué la mano de nuevo por la abertura. Vi la luz sobre la reposada masa de agua y el sendero embarrado que nos había llevado hasta allí.

—Vamos a ver, chicas —dijo Jacob—, ¿no sabéis que hemos venido a llamaros? ¿No nos oíais?

Bueno, supongamos que sí, pensé. Supongamos que ella tenía razón. Solo me oigo a mí misma, gritando, ¡aquí, papá Jack, estoy aquí! ¡Ven a salvarme, papá Jack!

Eran las siete. Habían estado preparando bocadillos y Jacob había ido a comprar helado y barquillos. Aunque se habían dado cuenta de que no estábamos, tampoco habíamos provocado ninguna crisis. Lo principal era que deberíamos haber estado allí para comer lo que tocaba a la hora que tocaba.

Los niños durmieron durante todo el camino de vuelta a casa, y supongo que yo también. Del día siguiente, de la semana siguiente, de los meses siguientes, no recuerdo nada de nada. Lo que me sorprende es no recordar cómo me despedí de Tabby, ni en qué momento de la noche se esfumó, con los lápices de colores en la bolsa y los recuerdos en la cabeza. De algún modo, con la buena suerte de mi lado por una vez, mi familia debió de volver a casa; y pasarían unos cuantos años antes de que me aventurara a alejarme tanto de nuevo.

El miedo a perderme ocupa una posición más bien baja en la escala de miedos con los que vivo actualmente. Intento no pensar en mi alma, esté o no perdida (aunque deben de haber pasado treinta años desde la última vez que me confesé), y por lo general no tengo que recurrir a ese susurro encubierto con el que algunas mujeres le dan la vuelta al mapa para contar las intersecciones del camino. Dicen que las mujeres

no saben leer mapas y que nunca saben dónde están, pero en el año 2000 una mujer ocupó la dirección del Instituto de Estadística por primera vez, de manera que supongo que esa calumnia en concreto no puede tomarse en serio. Me casé con un hombre que se dedica profesionalmente a estudiar la configuración de terrenos, y que prefiere que le dé indicaciones a partir de túmulos, riveras y monumentos antiguos. Pero me basta con seguir las rutas principales con un dedo, y me limito a decir, nerviosa, «Faltan tres kilómetros para la salida, o tal vez no, claro». Porque no paran de cargarse las curvas de nivel, sepultando el mapa, convirtiendo en un infierno la cartografía que el año anterior te vendieron como el último grito.

En cuanto al paisaje del páramo, ahora sé que lo dejé atrás. Incluso esos niños con los que me apretujaba en el asiento trasero del coche comparten mi aprecio por los arcenes con flores silvestres y las hectáreas de cultivo exuberantes. Es posible, me imagino, construir un hogar sobre tierra firme, un hogar con largas vistas. No sé qué fue de Jacob y de su familia: ¿me dijeron que se marcharon a África? Tampoco sé nada de Tabby, no volví a oír hablar de ella. Pero en los últimos años, desde que Jack merodea por el reino de los difuntos, vuelvo a ver su piel morena, su mirada errante de color caramelo, la rabia que sentía contra el poder y sus abusos: y creo que tal vez pasó la vida entera perdido, buscando una casa de justicia, un lugar seguro en el que poder refugiarse.

A corto plazo, no obstante, continuamos viviendo en una de esas casas en las que nunca había dinero y las puertas se cerraban con contundencia. Un día, el cristal acabó saltando del armario de la cocina, y eso que solo lo toqué con la punta de los dedos. Levanté las manos de repente para protegerme los ojos. Entre mis dedos, durante años, quedaron visibles las delicadas cicatrices, como fantasmas de guantes de encaje, que me habían dejado los cortes.

Aprender a hablar

De pequeña iba a la escuela en un pueblo industrial de Derbyshire, a la misma escuela en la que mi madre y mi abuela no habían aprendido gran cosa y donde los inviernos peninos alimentaron sus incipientes sabañones. De ahí pasaron a trabajar en la fábrica de algodón, pero yo nací en tiempos mejores y cuando tenía once años mi familia se mudó de casa y me convertí en alumna externa de un convento de Cheshire. Tenía ciertas habilidades que resultaban útiles durante el recreo, como el insulto y la agresión, además de un buen conocimiento del catecismo, pero nunca aprendí historia ni geografía, ni siquiera gramática inglesa. Y por encima de todo, no había aprendido a hablar con corrección.

La distancia entre las dos escuelas era solo de unos nueve o diez kilómetros, pero el golfo social era tan amplio como el océano. En Cheshire, la gente no vivía en casas adosadas, sino tras fachadas enguijarradas o de falso estilo Tudor. Cuidaban el césped y los árboles frutales, y tenían comederos para los pájaros. Las familias tenían coche, pero lo llamaban «popó». Almorzaban ligero y cenaban a la hora de merendar. Se lavaban en el baño, pero lo llamaban «aseo».

Era 1963. La gente era muy esnob, aunque tal vez no más que ahora. Más adelante, cuando me marché a Londres, algunos acentos de provincias pasaron a considerarse aceptables e incluso elegantes, pero los de mi parte del noroeste no se encontraban entre ellos. Los últimos años de la década de 1960 fueron una época de igualdad y se suponía que la gente no tenía que preocuparse por sus acentos, pero a la hora de la verdad se preocupaban e intentaban adaptar sus voces: de lo contrario se los trataba con un alborozo consciente, como si acabaran de perder a un ser querido o como si fueran ligeramente deformes. Cuando empecé en la escuela nueva no sabía que eso me convertiría en el blanco de las burlas. Grupos de chicas se me acercaban para hacerme preguntas estúpidas, con el único objetivo de hacerme pronunciar ciertas palabras que indicaran mi origen; luego se

marchaban pavoneándose y riendo a carcajadas.

A los trece años ya había modificado mi acento hasta cierto punto, y gracias a mi voz me había ganado cierta mala fama. Me daba miedo casi todo, excepto hablar en público. Nunca había experimentado la angustia entumecedora del pánico escénico y, encima, me gustaba discutir. Podría haberme ganado la vida como delegada sindical en una fábrica especialmente ruidosa, pero tampoco es que te ofrecieran esa clase de oportunidades en las sesiones de orientación profesional que se celebraban cada año. Creyeron que sería una buena abogada, o sea que me mandaron con la señorita Webster, para aprender a hablar con corrección.

La señorita Webster no era solo profesora de elocución; también era dependienta. Su tienda, a pocos minutos a pie de la escuela, se llamaba Gwen & Marjorie. Vendían lana y ropa para bebés. La señorita Webster era Gwen. Marjorie era una mujer corpulenta; se movía despacio entre las madejas, tras un mostrador acristalado. Llevaba puesto un gran cárdigan que se habría tejido ella misma. En unos estantes de alambre circulaban los ejemplos de prendas de punto, con modelos que mostraban en todo momento sus dientes perfectos: esbeltas señoritas con chaquetillas de encaje y caballeros de mentón rasurado con jerséis trenzados. La señorita Webster tenía una placa junto a la puerta para exhibir sus cualificaciones profesionales. A las cuatro en punto la puerta se dejaba entreabierta, de manera que los alumnos de las dos escuelas locales pudieran entrar sin molestar a Marjorie y acceder al pasillo que llevaba a la parte trasera de la tienda, que era donde estaba el salón en el que impartía sus clases.

Esa sala daba a un jardincillo cuadrado en el que los arbustos se iban marchitando; el cielo norteño del atardecer pasaba como una exhalación por encima de nuestras cabezas, y la estufa de gas parpadeaba y chisporroteaba. Las niñas (debía de haber seis o siete, todas en etapas de aprendizaje distintas) se colgaban de los brazos de las sillas y se sonaban la nariz, y las del convento teníamos que encontrar un rincón en el que apilar las carteras y los sombreros de velvetón. No había chicos. Si no hablaban con corrección, supongo que tenían otras maneras de ganarse la vida.

La señorita Webster era una mujer menuda como un gorrión, con el pelo blanco encrespado, tibias prominentes y gafas de ojo de gato. Es casi cierto que no se puede ser ni demasiado rica ni demasiado

delgada, pero la señorita Webster sí era demasiado delgada; lo pensaba incluso siendo delgada yo misma y a pesar de que en aquellos años se puso de moda ese aspecto de residir en el monumento de los Capuleto. Solo tenía un pulmón, y solía contárselo a la gente, tal vez por eso su voz no destacaba en absoluto. Su acento era precariamente refinado, mancuniano con algo de guarnición. Había sido actriz en compañías de reparto norteñas. ¿Cuándo? ¿En qué época?

—Interpreté a Lady Macbeth en Oldham cuando Dora Bryan barría los escenarios.

La señorita Webster nos enseñaba a recitar poesía y pasajes de Shakespeare: nos enseñaba métrica y las formas de los versos, así como la mecánica de la respiración y la articulación; también nos preparaba para los exámenes, de manera que pudiéramos obtener los certificados correspondientes. La mayoría de sus alumnas llevaban con ella desde los siete u ocho años y progresaban con una lentitud dolorosa por los distintos grados. Puesto que acababa de empezar, el primer día me convocó con las alumnas más pequeñas que tenía; tristemente gigantesca y enfundada en unos leotardos acanalados, leí en voz alta un verso breve sobre duendes a modo de prueba. Dijo que a la próxima sesión sería mejor que volviera con las mayores. Que había chicas de trece años y chicas de trece años, dijo, y que cómo podía saber ella de antemano la clase de chica que era. Me gustó que, justo cuando terminaba de recitar, apareciera una grieta perceptible en uno de los jarrones de cristal azul que había en un estante sobre la chimenea. Me senté en el suelo, abrazándome las rodillas, esperando a que me liberaran. La señorita Webster me dio un diagrama del tracto respiratorio: no era el suyo, por supuesto, sino uno más completo e ideal. La mascota de Gwen y Marjorie entró en la sala: era una yorkshire terrier que correteó entre nuestras piernas y carteras. Llevaba un lacito rosa a modo de copete, y mentalmente se lo transferí a la señorita Webster. La perrita y ella se parecían mucho: eran quebradizas, estridentes y no muy avispadas.

La señorita Webster al menos sabía cómo había que sonar. Los ejercicios semanales eran rimas que incorporaban algún sonido complicado. Siempre constituían trampas, tendidas por los gobernadores del cuerpo profesional de la señorita Webster para atrapar cualquier acento regional:

Father's car is a Jaguar,
And Pa drives rather fast,
Castles, farms and drafty barns,
We go charging past...

Mis hermanos y yo a menudo nos habíamos quedado desconcertados las primeras veces que nos tradujeron al dialecto de Cheshire.

—¿A qué se refieren —preguntó en una ocasión el pequeño, que por aquel entonces iba a una escuela anglicana— cuando hablan del reino, el par y la gloria?

De hecho, durante años pensé que se podía ganar un punto jugando a tenis con un buen *parsing shot*.[1]

Yo todavía no había estado jamás en el sur de Inglaterra; no se me había ocurrido la posibilidad de que me estuvieran enseñando los provincialismos de otra parte del país. El objetivo era hablar de un modo estándar, pero con cierto tono sureño. En algún lugar del West Country, tal vez una colegiala como yo se embarrancaba en otros escollos:

Roy's employed in Droitwich
In a first-class oyster bar;
Moira tends to linger
As she sips her Noilly Prat...[2]

Asistí a las clases de la señorita Webster todos los martes de los tres cursos siguientes. Después de la lección, arrastraba los pies por las calles cada vez más oscuras, pasando frente a otras tiendas que ofrecían lana y ropa para bebés en los escaparates, frente a charcuterías de pueblo con pálidos surtidos de embutidos y frente a carteles pegados en el tablón de anuncios del parque, anunciando partidas de bridge y tiendas de segunda mano con fines benéficos. Solía fingir, para aliviar el aburrimiento del trayecto, que era una espía en tierras extranjeras, una mujer que se hacía pasar por otra en un país que pronto entraría en guerra, donde los artículos no tardarían en desaparecer de los escaparates de las tiendas y se impondría la austeridad; y lo que alimentaba mi fantasía era el puente de hierro sobre el viejo canal, y el corte anticuado del chubasquero de la

escuela, así como la fatiga patente en los rostros de los viajeros que bajaban la escalera de la estación para regresar a casa cuanto antes y poder instalarse por fin en sus salones. Cuando entraba en una tienda justo antes de que cerrara con la lista que mi madre me había dado, fingía que estaba adquiriendo provisiones en el mercado negro y que llevaba la cartera repleta de secretos atómicos. No sé por qué fantaseaba de ese modo, aunque sé que la totalidad de la transformación no quedaba arruinada por el hecho de que en mi vida como espía a menudo tuviera que cargar, según la época del año, con mi raqueta de tenis o el palo de hockey. Era un sueño más bien solitario, motivado por el tedio y la aversión. Debería haber grupos de apoyo, una especie de programa de doce pasos, para los jóvenes que odian ser jóvenes. Puesto que estaba a merced de otra gente, no me importaba lo que hacía, me daba igual si tenía que ir a las clases de la señorita Webster o a cualquier otro sitio. Es más adelante, cuando piensas en los años perdidos; puestos a tener juventud, ahora me gustaría haberla derrochado.

Pronto hube llenado dos cuadernos con diagramas, versos y los campos de minas rimados de la señora Webster. La mayoría fue en vano. Dadme un norteño con siete años cumplidos y habrá sonidos del sur que jamás podrá imitar de forma convincente. Desde entonces he conocido a personas que ocultan ser norteñas, pero se delatan en cuanto mencionan el polvo negro que atasca las chimeneas, *«soot»*, o cuando piden en un restaurante esa ave de corral que solía prepararse a la naranja, *«duck»*. La señorita Webster tenía una rima que incluía las palabras *«push»* y *«bull»*, y a alguien en una trascocina cortando *«bread and butter»*. No la recuerdo entera, porque era menos interesante y narrativa que la de Roy y Moira, pero sí recuerdo que era posible sufrir un ataque de nervios entre sílaba y sílaba cuando intentabas pronunciarla. La gente bien del norte dice *«catting bread and batter»*. ¿Por qué se toman esa molestia? ¿A quién pretenden engañar? Incluso si vieran a su madre por la calle y decidieran cruzar, *«crawse»*, para saludarla, su acento natural los delataría.

Los exámenes, para los que teníamos que aprender de memoria una serie de fragmentos, tenían lugar en el Methodist Central Hall de Mánchester. En mi época había dos examinadores: un hombre y una mujer; nunca sabías, en el momento de entrar en la sala, cuál de los dos te tocaría. La mujer tenía una voz chillona que se quebraba a

media frase, como si la conmoción le impidiera continuar. El hombre tenía setenta años, tal vez ochenta, o noventa, y lucía con orgullo la cadena de su reloj de bolsillo. Era un hombre rubicundo que siempre miraba al frente y a veces se inclinaba hacia delante en su silla, temblando debido al esfuerzo contenido, como si hubiera estado acostumbrado a más actividad en la vida y se negara a admitir en qué se había convertido. Parecía como si a lo largo de su vida hubiera sido testigo de cómo iban achicándose los valores.

La forma en la que debían recitarse los fragmentos del examen no tenía nada que ver con lo que nos enseñaba la señorita Webster. Era algo que las alumnas resolvíamos entre nosotras, con la ayuda invisible de las generaciones que nos habían precedido. Mientras esperabas para recitarle tu fragmento de Shakespeare a la señorita Webster, escuchabas cómo lo hacía otra alumna que se preparaba para un grado superior al tuyo. Así pues, si una niña sin fuelle tomaba aire en el momento equivocado, o si fruto de la ignorancia o del aburrimiento incorporaba alguna inflexión sin sentido, las demás lo aprendíamos hasta consolidarlo y tardábamos años en librarnos de ello. A la señorita Webster nunca la oí sugerir variantes; creo que en realidad no comprendía a Shakespeare y debió de aprender el papel de Lady Macbeth mediante el equivalente teatral de pintar por números. La elección de los fragmentos no era responsabilidad suya; los estipulaba el consejo examinador. Para un examen (el del grado VII, creo) fue necesario recitar las partes tanto de Oswaldo como de Gonerilda, saltando de un lado a otro para confrontarte a ti misma, alterando el tono de voz y haciendo, en ambas direcciones, El Gesto.

Según la señorita Webster, cuando se recitaba a Shakespeare un solo gesto bastaba, e incluso era el único permisible. Era un barrido completo del brazo, con la palma en dirección al público; los tres dedos de abajo pegados, el pulgar hacia arriba y casi vertical, y el índice bisecando el ángulo. Cualquier pasión, cualquier júbilo o desaliento podía reducirse a ese único gesto; servía tanto para Tito Andrónico como para Carmión y para Dogberry. Yo debía de ser lenta, o tal vez me frenaba la incredulidad, pero el caso es que la señorita Webster tenía que agarrarme los dedos con una mano fría y moteada por la edad, y colocármelos en esa dramática forma de V.

Normalmente, cuando entraba en la sala del examen recitaba los fragmentos tal como a mí me gustaba, y mi originalidad debía de

rechinar en los oídos de los examinadores porque, a pesar de lo bien que se me daba, nunca conseguí las mejores notas; y encima me quedaba con la sensación de ser una hipócrita. Tenía diecisiete años cuando acudí al Central Hall por última vez, para examinarme y conseguir el diploma. Era el mes de noviembre, una mañana fría y muy húmeda, y llegué con mis botas de agua, el chubasquero de la escuela y la falda azul marino y la blusa a rayas del uniforme; sin embargo, me tomé la libertad de entrar en el baño de mujeres de la estación de Piccadilly para soltarme el pelo de las gomas elásticas de las que se servían las normas de la escuela para mantenerlo confinado. Me lo cepillé frente al espejo. Tenía la melena muy larga, lisa y pálida, igual que yo, y la imagen que ofrecía cuando me volví de aquel espejo demacrado era extraña; como si la dama de Shalott hubiera dejado el telar y se hubiera convertido en guardia de tráfico. Las formas empapadas de los mancunianos se abrían paso a empujones en Oldham Street, y cuando por fin me resguardé en el edificio noté el olor a linóleo y desinfectante, así como la esencia de leves plegarias metodistas.

La señorita Webster me estaba esperando; ansiosa y con los labios bastante azulados. Se llevó un buen susto cuando me vio las botas. Que esa no era manera de vestirse, me dijo, que al examinador no le gustaría, y que no podía entrar con esas botas. Yo no tenía nada que decir, en realidad. Me quité la bufanda y la dejé colgada en el respaldo de una silla. Las candidatas de los diversos grados estaban sentadas con sus maestras, dando golpecitos en el suelo con los pies, con las manitas mugrientas entrelazadas, muertas de miedo. Yo ya había hecho el examen escrito; había sido muy fácil. ¿Podía presentarme con los pies descalzos, si llevaba medias?, pregunté. ¿Sería mejor así? Una iluminación institucional desprendía una luz tenue procedente de globos blancos. Los coches chapoteaban en el exterior, con los faros encendidos, en dirección a Oldham Road y a los barrios tiznados de la periferia. Mis botas de goma dejaron charcos de agua sobre el linóleo. Me las quité y me encogí unos cuantos centímetros. Eso no serviría de nada, dijo la señorita Webster, tras lo que decidió que me dejaría sus zapatos.

Los zapatos de la señorita Webster eran dos tallas y media mayores que los míos. Eran zapatos de corte, de piel falsa de cocodrilo; tenían unas puntas feroces delante y unos tacones de aguja

de nueve centímetros detrás. Supongo que serían zapatos de actriz retirada, pero la verdad es que no comprendí el dramatismo del momento. Metí los pies en ellos y di unos cuantos pasos tambaleantes, apoyándome en los respaldos de las sillas. ¿Por qué accedí a ello? En esa época no pensaba nunca a corto plazo. Me había acostumbrado a actuar con aquiescencia; creía que, a la larga, dejaría en ridículo a todo el mundo.

Cuando oí mi nombre entré dando tumbos en la sala de examen. Me tocó el señor. Ni él ni su compañera hicieron jamás el más mínimo intento para que una candidata se sintiera cómoda. Eran como examinadores de conducción; hacían preguntas, pero sin soltar prenda, y reducían las cortesías al mínimo, aunque el hombre en una ocasión me comentó con aire sombrío que ceceaba. Ese día parecía algo sonrojado, en su habitual estado de tensión contenida, y aun así tenía aspecto de ser aburrido y de aborrecer a los jóvenes.

Mi fragmento era un extracto de *Enrique VIII*. Fue una suerte que solo tuviera que interpretar a un único personaje, porque si hubiera tenido que maniobrar de un lado a otro habría terminado cayéndome. Elegí un punto y me limité a quedarme allí, balanceándome. Me veía a mí misma como una percha para el uniforme, con la mancha de tinta en el puño, la cara de niña blanquísima y los zapatos de cocodrilo falsos de la señorita Webster. No sabía que la parte más excepcional de mi interpretación de la reina Catalina sería desde los tobillos hacia abajo. Era el discurso con el que Catalina, a punto de ser repudiada, le suplica al monarca que recuerde la vida que han pasado juntos, y en las primeras fases de mis ensayos había sido incapaz de terminarlo sin deshacerme en lágrimas, por lo que tenía que reunir toda mi voluntad para no llorar; al fin y al cabo, el examinador querría oír el verso. Ya había decidido que no haría El Gesto. Si el examinador pensaba que yo no conocía El Gesto, solo tenía que suspenderme. Había ciertas líneas que me parecían cargadas de emoción, como un explosivo; la única manera de superarlo consistía en pronunciar todo el discurso mientras pensaba en otra cosa.

Nada más empezar, los ojos del examinador se deslizaron por mi cuerpo hasta terminar clavados en mis pies. «Soy una pobre mujer, y extranjera además / nacida fuera de vuestros dominios...» De algún modo había ido deslizándome dentro de los zapatos, de manera que ya tenía los dedos aplastados contra las puntas. «Que aquí no tiene ni

juez imparcial...», intenté atrasar los pies un poco. «Ay, Señor, ¿en qué os he ofendido?» Mantuve la voz baja, procurando imitar el tono de una mujer de mediana edad, extranjera y confusa, sometida a una gran tensión y a mucho estrés; las manos entrelazadas, como tratando de mitigar el desastre. Luego, de repente, el examinador se inclinó hacia delante y encorvó los hombros, levantándose un poco de la silla para mirarme fijamente los pies. Me tambaleé y, sin proponérmelo, acabé acercándome un poco más a él mientras intentaba continuar con lo mío... «¿Es que acaso mi comportamiento / os ha dado algún motivo de disgusto / para que decidáis descartarme así / y retirarme vuestro favor?»

—Hasta aquí, es suficiente —dijo el examinador.

Pero tomé aliento y le pregunté:

—«¿Cuándo sucedió / que contradijera vuestros deseos?»

Me dolían los tobillos. No sé cómo es posible andar con semejantes tacones. Era como llevar zancos. ¿Y por qué esa mujer tan menuda tenía los pies tan estrechos y largos?

—«Tomad nota, señor, de que con esta obediencia he sido vuestra esposa por más de veinte años...»

El examinador levantó la cabeza y me miró, perplejo. Y entonces, de repente, cuando llegué a la línea en la que decía «por más de veinte años», me sentí abrumada: por el contenido del discurso, por los cocodrilos falsos, por lo de aprender a hablar. Rompí a llorar sin tapujos y me quedé ahí plantada un buen rato, balanceándome frente al examinador, pensando con cierto anhelo en esos niños abandonados, que crecen amamantados por lobas y permanecen mudos toda la vida. ¿Seguro que era necesario hablar para sobrevivir? ¿No sería posible mantener la boca cerrada y, tal vez, escribir las cosas?

Encontré un pañuelo en la manga del jersey de la escuela. El examinador me hizo señas en dirección a una silla. Pasó las hojas que tenía delante, cuidando de mantener la mirada gacha, luchando claramente contra las ganas de clavar la mirada en mis zapatos. Quizá más tarde pensaría que todo había sido un sueño. Entonces me hizo unas cuantas preguntas; pero ninguna de ellas era la que quería hacerme de verdad. ¿Pensaba, me preguntó, que la capacidad de analizar la métrica contribuía a comprender la poesía inglesa? Me sorbí la nariz y respondí: ni mucho menos.

Ese fue mi último examen. Le devolví los zapatos a la señorita Webster, me puse las botas de nuevo y volví andando a la estación, con los ojos enrojecidos, bajo la lluvia. Sabía que una fase de mi vida estaba llegando a su fin y que pronto podría marcharme. Unas cuantas semanas más tarde recibí el diploma, decorado con floridas volutas. Gracias a mi recitación pude añadir un título a mi nombre.

Hace poco regresé a casa y pasé por delante de mi escuela y de la puerta de la señorita Webster. No había cambiado nada, pero todo era distinto. La casa de lanas seguía allí, vendiendo mantones y gorros con pompón. En el rótulo solo pone MARJORIE, y la placa ha desaparecido de la puerta. Las tiendas de los alrededores han cerrado; los escaparates están sucios; la pintura, descascarillada. Las viviendas de protección oficial que hay al otro lado de la calle, en otros tiempos respetables, ahora tienen un aspecto sórdido; sus muros están llenos de cicatrices, como si hubiera habido tiroteos hace poco. Esa pequeña ciudad que había sido próspera, engreída y rolliza ha perdido su opulencia y ha pasado a compartir la decadencia generalizada del noroeste; y por un misterioso proceso de igualación por abajo, sus vocales se han vuelto más amplias; su gente, más taciturna, y su clima, creo, es algo más frío de lo que solía ser. El océano que separaba mi infancia de mis años de adolescencia se ha secado: o al menos estamos todos en el mismo barco. No tiene sentido tomárselo con amargura. Las expectativas se inflaron durante unos años, y ahora han pinchado, la vida de la gente se ha vuelto incómoda e insegura y les han arrebatado el futuro. Es curioso lo mucho que se parecen los lugares en los que la gente no habla correctamente; conduciendo por el siempre suave manto gris de lluvia no me cuesta imaginar que estoy en las afueras de Belfast. Me alegro de no vivir allí, en el vivero de mis vocales. Nunca acabé de resolverlas, en realidad. Pero conozco El Gesto; y es sorprendente, de vez en cuando, lo mucho que puede llegar a consolar.

La rebelión de la tercera planta

El verano en el que cumplí dieciocho años conseguí mi primer empleo. Sirvió para llenar el tiempo entre mi graduación del instituto y mi partida a Londres para estudiar en la universidad. El verano anterior ya tenía la edad necesaria para trabajar, pero tuve que quedarme en casa para ocuparme de los niños mientras mi madre seguía con su meteórica carrera.

Durante la mayor parte de los años hasta que cumplí los dieciséis, mi madre se había dedicado a cuidar a algún hijo enfermo. Al principio era yo, hasta que empecé el bachillerato. Entonces mejoré bruscamente, por un acto de voluntad de mi madre. Dejé de tener fiebre, o dejé de notarla, o si la notaba dejó de resultar interesante. Mi hermano menor, sus dificultades para respirar y su tos nocturna fueron los elegidos para ocupar mi antiguo puesto en la economía doméstica. En mi caso, mi asistencia a la escuela había sido esporádica, pero mi hermano directamente no iba nunca. Jugaba solo en el jardín bajo un cielo de peltre, con el brillo fugitivo de la nieve de fondo. Se tendía en el sofá cama del salón con la televisión a todo volumen e iba pasando páginas de un libro. Una noche estábamos viendo las noticias cuando la habitación se llenó de una luz blanca terrible y un rayo le arrancó las ramas inferiores al álamo y destrozó el cristal de la ventana; bum, el puño de Dios. Las esquirlas quedaron esparcidas por su manta de ganchillo, el perro empezó a aullar, la lluvia entró en la habitación arrasada y los vecinos se pusieron a chillar y a farfullar desde las calles.

Poco después de ese incidente, mi madre respondió a un anuncio para trabajar como vendedora en la planta de moda de Affleck & Brown, unos grandes almacenes de Mánchester, atiborrados, estrechos y bastante anticuados. Tenía que caminar hasta la estación y luego tomar el tren, para seguir a pie de nuevo hasta Oldham Street. Y eso me parecía asombroso, porque ya creía que no volvería a salir de casa jamás. Para trabajar necesitaba blusas blancas y faldas negras. Se

compró unas cuantas en C&A, y eso también me sorprendió, porque en casa solíamos conseguir la ropa por medios no tan directos como la simple adquisición: por un proceso de transmogrificación mediante el cual los cárdigan se deshacían y volvían a aparecer convertidos en gorros de lana, los cuellos se arrancaban para alargar los dobladillos y lo que habían sido sisas para corpulentos se convertían en los agujeros por los que los delgados pasaban las piernas. Cuando tenía siete años me hicieron un abrigo para el invierno a partir de dos que habían pertenecido a mi abuela. Los bolsillos, las solapas, todo era en miniatura: excepto los botones, que eran los originales, y destacaban como platos de banquete o dianas para flechas en mi pecho de paloma.

Mi madre había ido a la escuela en una época en la que la mayoría de la gente no se examinaba, por lo que no pudo poner gran cosa en el impreso de solicitud. Aun así, consiguió el empleo, y muy pronto la gente que la había contratado empezó a sufrir desastres personales; ya sin esas personas de por medio, primero la ascendieron a adjunta y luego a gerente del departamento. Pasó a decolorarse el pelo hasta un tono rubio blanquecino parecido al del merengue y se ponía zapatos de tacón alto y plataforma. Desarrolló una manera airosa de hablar y gesticular; y empezó a animar a su plantilla a mentir acerca de la edad, lo que parecía sugerir que ella también mentía respecto a la suya. Volvía a casa tarde y con ánimo combativo, y siempre con algo inverosímil dentro del bolso de cocodrilo. Podía ser una bolsa de patatas onduladas que sabían a grasa y aire, o un paquete de hamburguesas congeladas que dejaban en la parrilla unas manchas aceitosas de ese característico color amarillo grisáceo que tenía la contaminación en Mánchester. Con el tiempo, prohibió freír patatas en casa, para no dañar la pintura y como muestra de distinción, pero por aquel entonces yo ya vivía algo más arriba en la misma calle, con mi amiga Anne Terese, y lo que les tocara comer a los demás era algo en lo que prefería no pensar.

Cuando tenía diecisiete años estaba tan poco preparada para la vida como si me hubiera pasado la infancia entera cuidando cabras en las montañas. Me gustaba contemplar la naturaleza, pasear por bosques y campos. También ir a la biblioteca de Stockport y sacar siete libros a la vez, bien gordos, sobre las revoluciones en Latinoamérica; esperaba una hora bajo la lluvia a que llegara el coche

de línea para volver a casa, moviendo los libros que tenía a mis pies y a veces cogiéndolos con expectación a la espera de un autobús, meciéndolos en mis brazos, saboreando sus páginas públicas de bordes mugrientos, ansiando encontrar dentro notas urgentes de obsesivos provincianos: «¡¡¡¡Guatemala NO!!!!» escrito a lápiz en el margen; mejor dicho, grabado en la página con los restos de grafito que habían quedado en el borde rasgado del cedro. En casa tampoco tuvimos nunca sacapuntas. Si querías afilar el lápiz ibas a mi madre y ella le sacaba trozos de madera con el cuchillo del pan sosteniendo el lápiz con el puño.

Mi formación no fue la culpable de tanta ingenuidad, porque la mayoría de mis contemporáneas eran normales para su época, su lugar y su clase social. Sin embargo, parecían hechas de una sustancia más densa y afelpada que yo. Te las imaginabas convertidas en mujeres, con tapicerías y armarios aireados para secar la ropa. Yo, en cambio, tenía aire en el espacio que me quedaba entre los huesos, humo entre las costillas. Las aceras me dañaban los pies. La sal me provocaba úlceras en la lengua. Tendía a vomitar profusamente sin motivo. Tenía frío cuando me levantaba y pensaba que seguiría teniéndolo, siempre. Por eso más tarde, cuando ya con veinticuatro años me ofrecieron la posibilidad de emigrar a los trópicos, aproveché la oportunidad pensando, por fin, al menos así no volveré a pasar frío jamás.

Sabía que conseguiría ese trabajo temporal para las vacaciones antes incluso de presentarme a la entrevista; ¿quién, en Affleck & Brown, habría rechazado a la hija de mi siempre tan popular madre? Sin embargo, tuve que cumplir con esa formalidad: el apacible encargado de personal con su traje de color pardo, en un despacho tan marrón que llegué a pensar que no había visto aquel color hasta entonces, en todas las variedades posibles de esputo de tabaco e ictericia, en todas las texturas posibles de la baquelita y la fórmica. Ahí fue donde entré, con mi vestidito de tubo de algodón; acabábamos de estrenar el año 1970 y fui transportada directamente a los cincuenta, al mundo marrón de la tarjeta de la Seguridad Social y el aviso amarillento del Consejo de Salarios medio despegado de aquel frágil tabique. Me desearon buena suerte y salí a la alfombra, al mundo público.

—Esta alfombra hará que te suden los pies —dijo una voz entre los percheros.

Procedía de una cara blanca y agitada, de unos carrillos temblorosos, de una masa de carne en lenta ondulación, ferozmente encorsetada por un vestido de poliéster negro muy tensado: encorsetada en forma de florero bulboso y de una piel que lucía el brillo turbio del agua en la que los claveles llevan ya dos días. El tufo a axilas, la tos estertórea; esas eran mis compañeras de trabajo. La vida en la tienda las había destruido. Sufrían de un moqueo crónico debido al polvo, e infecciones de vejiga por la suciedad endémica en los baños. Tenían las venas hinchadas a pesar de las medias de compresión. Vivían con quince libras a la semana. No trabajaban por comisión, de manera que jamás vendían nada si podían evitarlo. Ante semejante malicia reumática, las clientas buscaban enseguida las escaleras mecánicas para salir de nuevo a la calle.

El encargado de personal me puso a trabajar en el departamento contiguo al de mi madre. Eso me permitió verla en acción, deslizándose por la planta enfundada en la creación que hubiera elegido ese día; ya no iba vestida como una camarera, sino que escogía las prendas entre lo que tenía en existencias. Su actitud allí era amable, por no decir condescendiente, y la combinaba con una coquetería que ponía a prueba con gays marchitos, ya que eran casi los únicos hombres que entraban en la tienda; caía bien a sus empleadas (sus chicas, como solía decir ella) por su belleza y por su buen ánimo.

Esas chicas no parecían tan decrépitas como las que trabajaban en mi departamento, aunque no tardé en descubrir que tenían una serie de problemas personales intratables, lo que hacía las delicias de mi madre a falta de otro tipo de delicias, ya que se había propuesto mantener una talla diez y fingir que era una ocho para dar ejemplo al resto de las féminas. Las chicas se divorciaban, acumulaban deudas, sufrían deficiencias vitamínicas, tensión premenstrual y tenían hijos con deformidades y propensos a todo tipo de ataques. Sus casas tendían a hundirse y derrumbarse, a sufrir inundaciones y llenarse de moho, y me daba la impresión de que estaban especializadas en enfermedades obsoletas como la viruela o síntomas como la tembladera, que en esa época solo conocía gente de mente morbosa como yo. Cuanto peor estaban, cuanto más caóticas y desesperadas eran sus vidas, más las consentía mi madre. Todavía hoy, treinta años después, muchas siguen en contacto con ella.

—Ha llamado la señora D —dirá mi madre—. El IRA ha bombardeado su casa otra vez y su hija ha sido engullida por un maremoto, pero me ha preguntado por ti y te manda recuerdos.

En Navidad, y con motivo de sus falsos cumpleaños, esas chicas le regalaban a mi madre adornos de cristal de colores y complementos de la buena vida, como sifones de soda. Eran mujeres del centro de la ciudad, con acento de Mánchester, mientras que mi madre y el resto de las jefas de departamento hablaban de una forma peculiar, con los labios fruncidos para no exhibir sus vocales.

No me contrataron en la tienda en sí, sino en una «tienda dentro de la tienda» que se llamaba English Lady. Había mujeres, más bien señoras, que buscaban justo lo que la tienda ofrecía: conjuntos de vestido y abrigo que bauticé como «uniformes de boda», vestidos de verano y «prendas separadas» en tejidos artificiales y colores pastel, lavables y fáciles de planchar. En esa época la gente todavía salía en abril en busca de un abrigo de verano de popelina rosa impermeable, o de lana ligera a cuadros, y se compraban blazers, chaquetillas y blusas, así como conjuntos de largas túnicas y pantalones bajo los que llevaban medias y tirantes que el poliéster no conseguía cubrir del todo. En invierno English Lady estaba especializada en abrigos de pelo de camello, y las clientas solían renovarlos religiosamente al cabo de pocos años esperando encontrar justo el mismo estilo. También había (puesto que la ropa de invierno empezó a llegar mucho antes de que yo me marchara a Londres) unos abrigos que denominábamos «llamas», de un gris plateado malsano y aspecto raído; parecían cilicios colocados del revés, pero cilicios con bolsillos, al fin y al cabo. Para el otoño también había tweeds erizados y pieles de oveja apestosas que encadenábamos a los percheros, porque English Lady temía por su seguridad. Arrearlas era un trabajo pesado; exhalaban con un gruñido cuando las tocabas, y luchaban por su espacio vital imponiendo su volumen y poniendo a prueba sus límites centímetro a centímetro.

No tuvimos mucha clientela, ese verano. Una vez terminada la limpieza matutina y ya puestas al día sobre el estado de las varices, había que superar un verdadero desierto temporal: días de un calor increíble, sed y aburrimiento, sin aire y sin luz natural, apenas una tenue fluorescencia cenital que aportaba un tinte cadavérico incluso a la piel más fresca y joven. A veces, mientras estaba de pie, pensaba

furiosamente en la Revolución francesa hasta un punto preocupante. A veces mi madre tropezaba con la alfombra, me hacía señales con los dedos y mantenía la sonrisa ante sus empleadas.

Mi jefa se llamaba Daphne. Llevaba unas gafas enormes, de colores, como dictaba la moda, y tras ellas nadaban unos ojos vacuos y pálidos. En teoría ella y mi madre eran amigas, pero no tardé en darme cuenta, con cierta conmoción, de que mi madre era objeto de envidia y de que habría sido víctima de un sabotaje secreto si las demás encargadas hubieran tenido las luces suficientes para iniciar una conspiración. Daphne me hizo trabajar sin descanso durante esas semanas de verano, encontrando para mí tareas que nadie había desempeñado durante años: limpiar los polvorientos almacenes plagados de ratones, empaquetar grandes remesas de perchas de alambre que saltaban de los fardos para arañarme los brazos, como ratas escapando de una tienda de animales. El noroeste era un lugar mugriento por aquel entonces, y las salas que quedaban entre bastidores en Affleck & Brown eran un aspecto oscuro y secreto de esa mugre. Las alfombras que hacían sudar los pies, el grueso polietileno en el que llegaba envuelta la ropa, la urdimbre y trama descuidadas de las prendas que no se vendían y quedaban bastilladas en almacenes remotos: todo ello atraía una especie de pelusa pegajosa que atraía como un imán las partículas de la atmósfera de Mánchester, que te acababa recubriendo las manos y te manchaba la cara, de manera que a menudo más que una «vendedora júnior» debía de parecer una esquirola en una huelga de mineros, ya que los ojos me recorrían con recelo cada vez que salía a la superficie con las manos contaminadas, apartándolas de mi cuerpo en un gesto diseñado tanto para apaciguar como para ahuyentar.

A veces, tras un perchero repleto de calicó cada vez más amarillento, tras un montón de cajas de etiquetas ilegibles de tan descoloridas, notaba un movimiento, unos pasos arrastrados, un murmullo:

—¿Señora Solomons? —llamaba—. ¿Señora Segal?

No obtenía respuesta: solo la exhalación susurrada del hilo de lana y la angora: el profundo rechinar intestinal del ante y del cuero: el débil chirrido de las ruedas metálicas sin lubricar. ¿Tal vez era Daphne, espiándome? Pero a veces a las cinco y media, cuando había que vaciar los probadores, me encontraba una cortina corrida al fondo

de una fila y decidía dar media vuelta y alejarme sin apartarla, afligida por una timidez repentina o por el miedo a ver algo que no debería. Resulta fácil imaginar que la tela colgada queda abultada por la carne, o que la puntada y la costura ensayan, una vez cerrada la tienda, una forma humana sin huesos.

Mis compañeras, exhalando sobre mí el leve aroma mentolado de sus remedios contra la indigestión, me recibieron con una amabilidad sin límites. Mi palidez provocó chasqueos de lengua reprobatorios, y me recomendaron que consumiera la carne roja que jamás pasaba por sus labios. Tal vez mi actitud las alarmaba, puesto que a veces me quedaba embobada entre los gabanes; luego salía de mi ensimismamiento y vendía algo, lo que también las alarmaba. Me gustaba el desafío que suponía adaptar las prendas a las mujeres que las codiciaban, ajustárselas, gratificar ese deseo inofensivo. Me gustaba arrancar las etiquetas de un vestido cuando lo vendía, y colgar la bolsa con cuidado en una muñeca artrítica. A veces las clientas más ancianas intentaban darme propina, pero me sabía mal.

—Ya no vengo tanto —me dijo una viejecita encorvada y amable—. Pero cuando vengo, siempre doy propina.

Al término de cada jornada, mi madre y yo íbamos cogidas del brazo hasta la estación de Piccadilly y subíamos la cuesta desde Market Street, pasando frente a las cafeterías grasientas y la clínica de la Seguridad Social con anuncios que pedían a la gente que entraran a donar sangre. (Entré nada más cumplir los dieciocho, pero me hicieron dar media vuelta y salir otra vez por donde había entrado.) Me parecía que mi trabajo tan solo consistía en permanecer de pie, que me pagaban por eso y que era absolutamente innecesario: tenía que estar de pie hora tras hora, incluso cuando no había clientas a la vista, a pesar del calor viciado que hacía desde las nueve de la mañana hasta las cinco y media de la tarde, con una hora para almorzar en la que salías del edificio y caminabas para absorber todo el aire posible. Permanecías de pie mucho después de que los pies te palpitaran y las pantorrillas te dolieran, y a la mañana siguiente el dolor no había desaparecido, pero tenías que permanecer de pie de nuevo. Puede que a mi madre le fuera mejor que a mí, porque tenía un despacho diminuto con una silla en la que podía sentarse. Pero luego estaban sus zapatos, mucho más perniciosos que mis pequeñas sandalias de ante; toda su existencia era mucho más elevada.

Algunas tardes, tal vez dos veces por semana, había problemas con los trenes. Una vez se retrasaron una hora. El hambre nos mantenía a flote: hablábamos alegremente sobre las numerosas catástrofes que habían asolado a las chicas de mi madre ese día, mordisqueábamos por turnos una manzana verde que sacaba de su bolso. No estábamos enfadadas ni nos sentíamos culpables por llegar tarde, porque tampoco había nada que hacer al respecto y nuestro humor era más bien inocente, jovial, hasta que nos encontrábamos acorraladas de nuevo en el vestíbulo de casa con los gruñidos de mi padrastro. En ese momento parábamos de reír: a menudo me ha parecido brutal el borde de la mano humana, tenso, a modo de cuña, preparado para golpear como un hacha. Entonces ocurrió algo. No tengo claro lo que fue. Y no es cierto que la rabia te dé fuerzas. Cuando estás muy enfadada, la cabeza te da vueltas y te flaquean las extremidades, pero lo haces de todos modos, haces algo que no habías hecho jamás, sueltas una maldición, te mueves, te apoyas en la pared, sueltas una determinada fórmula mortal y lo que dices lo dices en serio; el efecto es proporcional a la conmoción que provoca, como si justo después del Sermón de la Montaña los mansos hubieran barrido los caminos con fuego de ametralladora.

Después de eso, estuve un tiempo viviendo fuera de casa. Mi madre y yo nos separábamos cada tarde al final de la calle. Ella estaba más apenada que enfadada, pero a veces también estaba enfadada; ahora me doy cuenta de que mi intervención había interrumpido una especie de juego conyugal. Cuando nos acercábamos al término de la jornada, dejaba de charlar sobre las chicas y se trasladaba (a menudo tuve la sensación de que lo hacía a regañadientes) a algún territorio desdeñoso y remoto, poniendo una distancia deliberada entre nosotras. Yo subía la cuesta hasta el piso al que me había mudado con Anne Terese. Ella vivía sola en casa de sus padres, ya que se habían separado ese verano y por algún motivo no se habían puesto de acuerdo; en lugar de marcharse uno y quedarse el otro, se habían largado los dos. No comparábamos mucho nuestras familias; nos dedicábamos a probarnos ropa de los armarios y a cambiar los muebles de sitio. La casa era peculiar, prefabricada, contingente pero acogedora, con una chimenea en el salón y un profundo fregadero esmaltado, y ninguno de los electrodomésticos, ni siquiera un frigorífico, que la gente daba por supuestos en 1970.

Anne Terese trabajó ese verano en una fábrica de zapatillas con suela de goma. Era un trabajo duro, pero su cuerpo también lo era, y además era eficiente. Por la noche, mientras yo me desplomaba débilmente sobre una silla de la cocina, ella empanaba chuletas y cortaba tomate y pepino para presentarlos en un plato de cristal, o preparaba un pastel polaco con muchos huevos y cerezas maduras. Al anochecer nos sentábamos en el porche con el leve aroma de las rosas viejas. La esperanza, tenue como las telarañas, cubría nuestros brazos desnudos y nos arropaba los hombros, cada hebra temblando de un azul crepuscular. Cuando salía la luna, entrábamos y nos retirábamos a nuestras camas, donde seguíamos murmurando, adormiladas. Anne Terese pensaba que quería llegar a tener seis hijos. Yo pensaba que estaría bien poder parar de vomitar.

A veces, mientras vagaba por la planta de English Lady, fingía que era la supervisora de un campo de refugiados y que los vestidos eran los internos. Cuando cogía uno, le arrancaba la etiqueta y lo metía en una caja, me decía a mí misma que lo había reubicado.

Cada día empezaba y terminaba con el recuento. Tomabas una hoja de papel y la dividías en columnas para los distintos tipos de prendas, de manera que los «conjuntos de dos piezas» no se mezclaran con los «vestidos y chaquetas», a pesar de que también constaban de dos piezas. Tenías que crear categorías para las prendas que carecían de nombre, como los artículos que habían mandado por error desde la oficina central varias temporadas atrás; confeccionados con un tweed peludo de color gris azulado, eran como trajes de aviador. Cuando llegaban las rebajas, Daphne siempre los reducía de precio, pero seguían en los percheros con las mangas tiesas extendidas y las perneras enrolladas alrededor del cuello para que no se arrastrasen por la moqueta.

Una vez formadas las categorías, ibas pasando por los percheros y contabas, y nunca cuadraban los números. Entonces te tocaba patrullar por la planta, buscando modelos de English Lady que se hubieran refugiado entre los de Eastex o Windsmoor. Te los llevabas de nuevo agarrados por el cuello y volvías a colgarlos en el perchero que les correspondía. Sin embargo, aunque era fácil ver por qué el recuento podía salir mal después de una jornada de trabajo, era algo más difícil comprender por qué el inventario se movía también de noche.

—Fantasmas —sentenciaba yo con firmeza. Pensaba que debían de bajar de la tercera planta, donde estaba la ropa de cama (y por tanto las sábanas) y se probaban nuestra ropa, siseando con un entusiasmo espectral y deslizando sus extremidades incorpóreas por las perneras y las mangas.

Así pasé el verano, hablando con los vagabundos de los jardines de Piccadilly; comprando fresas maduras a los vendedores ambulantes para mi almuerzo; refrescándome la frente apoyándola en la rejilla de la puerta del montacargas. Cuando Daphne me regañaba por algo, suspiraba un «mejoraré», pero más tarde dirigía patadas secretas a los trajes de aviador y los torturaba envolviéndoles el cuello con las piernas y anudándolos tras la percha. Delante de Daphne, yo era la conformidad en persona. No quería que mi madre fuera blanco de un odio femenino todavía más rancio, uno que gruñera invisible por sus esbeltos tobillos para engancharse en sus tacones felinos cuando yo ya llevara tiempo recorriendo las calles de Londres.

Pero entonces, a medida que se acercaba septiembre, descubrí que el único objetivo de esos ejercicios de recuento era inquietarme. La única manera de cuadrar el inventario pasaba por escribir «quince en la parte de atrás» al final de la columna de «vestidos y chaquetas», y no dejaba de sorprenderme que, por mucho que me arrastrara y que escarbara, ni en una sola ocasión me había topado con aquellos remanentes.

—¿Sabe donde siempre escribimos «quince en la parte de atrás»? —le dije a Daphne—. ¿Dónde están?

—En la parte de atrás —me respondió ella. Estábamos en su despacho, una partición minúscula en forma de cuña en la planta de rebajas.

—Pero ¿dónde? —insistí—. No las he visto nunca.

Daphne se puso un cigarrillo en la boca. Con una mano hojeó la lista de existencias mientras con la otra sostenía un bolígrafo que goteaba. Una fina columna de humo escapó entre sus labios.

—¿Todavía no fumas? —me preguntó—. ¿No te tienta?

Me había preguntado en una o dos ocasiones por qué la gente intentaba atraparte en nuevos vicios. En casa éramos acérrimos militantes antitabaco.

—No me lo había planteado, la verdad... Supongo que no... Bueno, como mis padres no fuman... Y de todos modos en casa no me

dejarían fumar, le sentaría fatal a mi hermano.

Daphne se me quedó mirando. Soltó una pequeña carcajada, como un hipo, y luego una risotada burlona.

—¿Qué? ¡Pero si tu madre fuma como una chimenea! ¡En cada descanso! ¡A la hora del almuerzo! ¿No la has visto? ¡Seguro que la has visto!

—No —respondí—. Jamás.

No podría haber quedado más decepcionada.

Un gotarrón de tinta cayó desde el bolígrafo de Daphne sobre la hoja.

—¿He dicho algo que no debía?

—No pasa nada —repuse.

Me dije a mí misma que toda información era bienvenida, fuera cual fuese la fuente.

Daphne me dirigió una mirada gélida.

—Sea como sea —dijo—, ¿por qué tendría que sentarle mal a tu hermano?

Consulté mi reloj.

—Es la hora del almuerzo de la señora Segal —indiqué, tras lo que esbocé una sonrisa y regresé a la planta de rebajas. Me dije a mí misma que no importaba, que no eran más que mentirijillas domésticas. Mentiras pragmáticas. Divertidas, probablemente: con el tiempo. Triviales: como cuando la aguja desgarra un poco la piel de los dedos al bordar.

Pero al cabo de un rato, por la tarde, busqué las quince en la parte de atrás. Me abrí paso por huecos sin luz donde los dedos de los pies se me atascaban contra grandes cajas destartaladas. Las cajas de cartón las había armado yo misma y las había atado con cordel, pero Daphne no las había despachado y las había dejado allí apiladas de cualquier manera. Las perchas de alambre que sobresalían me arañaron las pantorrillas. Empujando el voluminoso ganado invernal a un lado y alejando las llamas a porrazos, me abrí paso hasta el rincón más alejado. «Alcánzame la azada y la palanca.»

Nada. Nombré cada prenda que veía, rebuscando entre las capas: levantándolas por el cuello para revisar sus etiquetas o, si no conseguía levantarlas, desmenuzando sus volantes de plástico hasta convertirlos en gorgueras. Vi cosas que podrían haber sido «vestidos y chaquetas» y vi etiquetas, pero no vi «vestidos y chaquetas» con las

etiquetas que buscaba. Las quince no estaban por ninguna parte. Luché para volver a un lugar donde hubiera aire. Sin mirar atrás. Lo garabateé en mi libreta: cero, nada, nulo. Un pepino, como decían los hombres. «Vestidos y chaquetas», ni una. Si en algún momento había constado su existencia, las prendas no eran conscientes de ello. Me di cuenta de cómo funcionaba la cosa; había que conjurar a las quince para cubrir un gran bochorno, una negligencia espectacular o un robo, algo que había dejado al recuento farfullando de rodillas. Eran una ficción; tal vez antigua; tal vez más que Daphne, incluso. Eran una adaptación a la realidad. Era un cuento contado por un idiota: al que yo había añadido una o dos frases.

Emergí a la planta de nuevo. Eran las tres. Una de esas tardes muertas, letárgicas, amodorradas: ni una sola clienta a la vista. Debilitadas por la falta de atención, las existencias quedaban colgadas como simples trapos. Un largo espejo me reveló una mancha oscura en la mejilla. Tenía las sandalias recubiertas de una mugre envenenada. Cojeé hasta la cómoda destartalada en la que guardábamos los duplicados de los libros y los botones sueltos, y saqué un plumero del cajón. Me limpié el polvo de arriba abajo y luego avancé por la planta, entre los percheros, sacando el polvo acumulado entre las prendas: apartando las perchas y puliendo el acero de los espacios que había entre ellas. De algún modo acabó pasando la tarde. Esa noche me negué a escribir «quince en la parte de atrás» al término del recuento: hasta que mis compañeras se alteraron hasta un punto insoportable y una de ellas dio señales de estar hiperventilando. De manera que al final accedí a escribir la frase, pero lo hice en lápiz, con un trazo débil y añadiendo signos de interrogación con trazos todavía más débiles, si cabe.

Cuando empezó el nuevo curso, resultó que a mi hermano ya no le pasaba nada. Ya tenía once años y estaba en condiciones de ir a clase. Todos asimilamos ese hecho sorprendente, pero sin alegrarnos tanto como habría sido de rigor. Al cabo de unos meses, varias empresas se interesaron por mi madre: proveedoras de impermeables y concesiones de género de punto; pudo elegir entre varios empleos y pasó a trabajar para tiendas de mayores dimensiones, volviéndose más y más rubia con cada año que pasaba, ascendiendo como una burbuja de champán, para supervisar a un número cada vez mayor de chicas, hacer recuentos cada vez más ingentes y atraer cada vez más

animadversión y rencor. En casa seguía improvisando las tareas domésticas, fregando el baño con detergente en polvo para lavadoras y, cuando la lavadora se estropeaba, cubriéndola con un mantel para utilizarla como una especie de mesita auxiliar mientras enseñaba a mis hermanos cómo tenían que ir a la lavandería.

Al cabo de unos años, Affleck cerró y todo el distrito que lo rodeaba se echó a perder. Quedó copado por pornógrafos y por esa clase de negocios en los que se venden cestas de plástico para la colada, chimeneas eléctricas de mala calidad y objetos de decoración navideña fabricados con moldes, como tartaletas de goma y querubines con flautas. El edificio lo alquiló una tienda de alta costura que operó brevemente desde ese cascarón ruinoso. Ya hacía tiempo que yo me había marchado, por supuesto, pero seguí teniendo amigas en el norte, y entre mi cadena de conocidas había una chica que trabajaba los sábados para los nuevos ocupantes. Solo utilizaban los pisos inferiores; a partir de la segunda planta, el edificio había quedado clausurado. Las puertas cortafuegos quedaron cerradas con llave, quitaron las escaleras mecánicas y las escaleras de servicio terminaban en paredes ciegas. Sin embargo, al personal le molestaban los ruidos que llegaban desde la cavidad tapiada que tenían por encima de la cabeza: pasos, y los chillidos de una mujer.

Cuando me lo contaron, noté un escalofrío y una sensación de mareo en la boca del estómago, porque sabía que era una historia de fantasmas verdadera, tanto como pueden serlo esa clase de cosas. No había sido un diablillo atolondrado que bajaba y arrancaba botones de los vestidos, o que caminaba por la planta y dejaba prendas desordenadas. Era algo más rancio, más serio, tremendamente siniestro y perverso. Aunque solo llegué a entenderlo en retrospectiva. Cuando lo recordaba y contemplaba mis dieciocho años habiendo cumplido ya, digamos, los veintitrés, me daba cuenta de que durante esos años todo había sido mucho peor de lo que me había parecido en su momento.

Borrón y cuenta nueva

Más o menos a las once de la mañana, después de que las enfermeras la hubieran «adecentado», tal como solían decir ellas, y de que se hubiera maquillado los ojos, me senté junto a la cama de mi madre y la convencí para que me ayudara a completar el árbol genealógico. Teniendo en cuenta lo egocéntrica que es, la verdad es que salió sorprendentemente bien. Ella quería escribir VERONICA en el centro de la hoja y trazar líneas de fuerza hacia fuera, partiendo todas de sí misma. Sin embargo (por mucho que ella piense que eso ofrece una imagen rigurosa del mundo), no acaba de comprender cómo se hacen estas cosas. Ha visto la genealogía de los reyes y reinas de Inglaterra, los radiantes retratos espurios junto a cada nombre, del tamaño de un sello y en colores de vitral; con trenzas de pelo rubio y groseras coronas medievales, decoradas con gemas que parecen caramelos chupados.

Lo ha visto en los libros que finge leer. De manera que ha llegado a la conclusión de que también se puede hacer un árbol genealógico de nuestra familia, aunque no seamos más que chusma de infantería.

Las imágenes que aparecerán junto a los nombres serán igual de espurias. En una ocasión, una mujer me contó que a finales del siglo pasado no había ninguna familia tan pobre como para no haberse hecho fotos. Probablemente sea cierto. En ese caso, alguien quemó las nuestras.

Empecé todo esto porque quería descubrir algo sobre unos ancestros que vivieron en un pueblo sumergido. Pensé que tal vez encontraría una razón para el miedo que le tengo al agua: algo que me sirviera para hacer sentir mal a la gente cuando me recomiendan la natación porque es un buen ejercicio para alguien de mi edad. Por otra parte, pensé que sería un tema que podría acabar siendo lucrativo. Podría ir

a Dunwich, pensé, y escribir sobre un pueblo que se hundió en el mar. O a Norfolk, y hablar con gente que tenga casas hipotecadas al borde de los acantilados. Podría convertirlo en un tema de portada del suplemento dominical. Tal vez enviarían a un fotógrafo y podríamos balancearnos al borde del acantilado de Overstrand, con solo un alambre oxidado entre nosotros y la infinita luz azul.

Pero Veronica no estaba interesada en los sumergidos. Empezó a tirar de las cintas que tenía en el pecho (todavía firme, por cierto) e intentó acomodarse sin éxito en las almohadas. Tenía las venas de las manos muy marcadas, como si llevara zafiros bajo la piel. Apenas escuchaba mis preguntas, y cuando por fin habló lo hizo en un tono enfurruñado.

—La verdad es que no sabría contarte gran cosa sobre eso, lo siento.

Los del pueblo sumergido eran del lado paterno de su familia, y eran ingleses. A Veronica le interesaban los matriarcados, los matriarcados irlandeses, y revivir grandes momentos vitales de esos matriarcados repitiendo las mismas viejas historias de siempre: las bromas que han perdido la gracia, las réplicas y desaires ingeniosos que han quedado desvinculados de sus orígenes. Quizá no debería culparla por ello, pero la culpo. No me fío de las anécdotas. Me gusta entender la historia mediante cifras y porcentajes de esas cifras, a partir del precio del carbón y del precio del maíz, y del precio de una hogaza de pan en París el día que cayó la Bastilla. Me gusta mantener a raya, en la medida de lo posible, la tiranía de la interpretación.

El pueblo de Derwent empezó a hundirse en el agua durante el invierno de 1943. Sucedió varios años antes de que yo naciera. La joven Veronica sin duda estaba pensando ya en los hijos que tendría y en cómo quería que acabaran siendo. Tenía la piel blanca y los ojos verdes, y se teñía el pelo de un rojo poco natural. En realidad, no importaba con quién se casara, puesto que el hombre en cuestión no sería más que un vehículo para sus ambiciones dinásticas.

La madre de Veronica (mi abuela materna) se llamaba Agnes. En su familia eran doce. No te preocupes, no me dedicaré a enumerarlos a todos. No podría, aunque quisiera. Cuando le pido a Veronica que

me ayude a rellenar los datos que me faltan me cuenta alguna historia que tiene que ver consigo misma, y luego insinúa (como si quisiera volver al tema sobre el que le he preguntado) que hay cosas que es mejor no mencionar.

—Sobre eso no llegó a contarse todo lo que sucedió ni mucho menos —me decía. Yo descubrí unas cuantas cosas sobre la generación previa: ninguna de ellas era agradable. Que un hermano acabó en la cárcel (voluntariamente) por un robo que había cometido otro. Que una hermana tuvo un bebé que murió sin bautizar pocos minutos después de nacer. Era una hija cuya existencia titiló brevemente en algún lugar entre las guerras; no tiene nombre, y su hermano menor todavía hoy en día ignora su existencia. En realidad, no llegó a ser una persona: más bien un negativo que nunca llegó a revelarse.

El pueblo de Derwent no murió debido a un accidente, sino a una política. El agua era necesaria para abastecer los núcleos urbanos de Mánchester, Sheffield, Nottingham y Leicester. Por eso en 1935 empezaron a construir una presa en el río Derwent. La llamaron Ladybower.

Cuando lo inundaron, el pueblo ya estaba demolido y desierto. Sin embargo, cuando yo era niña no lo sabía. Tenía claro que la gente se había marchado antes de que inundaran el lugar, pero me los imaginaba siguiendo con su vida hasta el último momento: atentos a la llegada de una señal, de algo parecido a una sirena antiaérea, y me figuraba que, sin importar lo que estuvieran haciendo, el agua empezaría a fluir de inmediato. Los visualizaba encogiéndose de hombros, enfundados en sus robustos abrigos de lana, abotonando a los niños hasta la barbilla, cargando con maletas y paquetes envueltos con papel marrón, andando hasta los puntos de encuentro con pesadez y con esa resignación tan propia de Derbyshire en el rostro. Los veía dejando las labores a medio tejer, los guisantes a medio desvainar en el colador: plegando el periódico matutino sin terminar de leer la frase, una elipsis que perduraría hasta el final de sus días.

—¿Leicester, has dicho? —preguntó Veronica con una sonrisa—. La última vez que vieron a tu tío Finbar fue en Leicester. Tenía un puesto en el mercado.

Acerqué el sillón del hospital un poco más a mi madre.

—Tu tío —la corregí—. Era mi tío abuelo.

—Sí —repuso ella, incapaz de comprender por qué insisto en precisar tanto: lo que es suyo es mío.

—¿Qué vendía?

—Ropa vieja —respondió Veronica riendo con complicidad—. Al menos eso decían.

No mordí el anzuelo. Lo único que quiero es que me proporcione unas cuantas fechas. Le gusta sonar misteriosa, insinuar que conoce secretos. No quiere revelar el año en el que nació y ha mentido descaradamente sobre su edad cuando la han ingresado, lo que por supuesto podría poner en peligro su reclamación al seguro. Además, estoy afiliada al mismo plan de seguro, y podrían empezar a preguntarse cosas sobre mí, si les da por comparar expedientes y ven que según los registros mi madre solo tiene diez años más que yo.

Un hombre me contó en una ocasión que puedes ponerles edad a las mujeres mirándoles la parte posterior de las rodillas. Ese delta de carne blanda y venas rotas, me aseguró, es la única parte que no puede mentir.

—Mira que eran salvajes tus tíos —dijo Veronica—. Recuerda que eran irlandeses.

No, no lo eran. Irlandeses sí, eso lo reconozco. Pero no eran unos salvajes ni mucho menos, estaban muy lejos de serlo. Bebían cuando tenían dinero y rezaban cuando les faltaba. Trabajaban expuestos al calor sofocante de las fábricas, y cuando por fin salían, al término del turno, el frío les roía la ropa y les agrietaba los huesos como si los tuvieran de porcelana. Se podría pensar que habían procreado, pero no es así. Algunos no tuvieron hijos, otros solo uno. Seguramente pensarás que esos hijos únicos debieron de ser adorados, ¿verdad? Sin embargo, uno de ellos no llegó a casarse jamás y otro pasó buena parte de su vida en un manicomio.

Hasta aquí, todo bien: ¿cómo esperabas que sería mi familia? ¿La flor y nata de la sofisticación? Sabías que serían tuberculosos, con toda probabilidad sifilíticos, dementes, disléxicos, paralíticos, circuncidados, circunscriptos, blanco de confusiones en ruedas de

reconocimiento, mutilados por maquinaria pesada, decapitados por carretillas elevadoras, mellados, sodomitas, cegados por el sarampión, asolados por la asbestosis y domiciliados a sotavento de Chernóbil. Asumo que habrás leído mi nueva novela, *Borrón y cuenta nueva.* Estaba trabajando en el primer borrador cuando decidí abordar a Veronica. Yo tenía la teoría de que nuestra familia estaba empeñada en liquidarse a sí misma a base de divorcios, celibatos voluntarios y toda una serie de catástrofes ginecológicas.

—Pero yo tuve hijos —dijo Veronica desconcertada—. Te tuve a ti, ¿no?

Sí, doña Chaquetillas, claro que sí.

Supongo que lo único que no podías adivinar es que procedo de un pueblo sumergido. Cuando era pequeña, apenas me daba cuenta yo misma. La sobrecarga de presagios no es cualquier cosa y, por supuesto, yo los entendí todos mal. Los malinterpreté, y encima tenía tendencia a creer cualquier tontería que me soltaran.

Supongamos que Pompeya hubiera recibido una alerta: tienen tiempo, aunque no mucho. ¿Habrían dejado caer —qué— las ánforas de aceite, las lanzaderas para tejer, las vasijas de vino, goteando de cualquier manera? La verdad es que no me lo imagino. Nunca he estado en Italia. Supongamos que habrían hecho caso al aviso y se habrían marchado. Así es como me imaginaba lo que sucedió en Derwent: una Pompeya, un Mary Celeste.

Pensaba que el nivel del agua ascendería, al principio centímetro a centímetro, colándose por debajo de las puertas cerradas. Y que luego se iría arremolinando, sin rumbo durante un tiempo, contenida por el linóleo. Lo primero que cedería serían las alfombras a rayas que la gente solía tener por todas partes por aquel entonces. Eran artículos baratos que quedaban empapados enseguida. Bajo el linóleo habría losas de piedra que contendrían el agua, como una especie de madrastra reticente dando un abrazo gélido: sería necesaria una generación entera para desgastarlas...

Y así, frustrada, el nivel del agua va creciendo, como las hijas o la ira de los campesinos menoscabados, y hunde sus dedos ávidos en los armarios en los que se guardaban el azúcar y la harina. El colador,

abandonado en el fregadero de piedra, empieza a flotar mientras el agua recircula por sus orificios. Los guisantes a medio desvainar cabecean y las hueveras, sartenes y orinales se unen a la flotilla a medida que el agua asciende hasta los alféizares. La calle entera en infusión. Barras de jabón dan vueltas a cuatro metros de altura, como si Dios se estuviera dando el baño semanal.

Con el cotorreo de una merienda de cotillas, el agua crece más de un palmo cada hora, subiendo por la escalera y lavando las prendas íntimas de la gente de Derbyshire, pololos almidonados flotando cada vez menos rígidos, el chapoteo de las ondículas convirtiendo los bordadillos en blondas deshilachadas. Las sábanas de franela quedan empapadas y las mantas de lana aplastan los colchones como el peso de un pecado calado: hasta que la alocada alegría de las aguas se apodera de ellos y los saca a flote con elegante desenvoltura. Las camas salen a navegar, las butacas se convierten en ligeras embarcaciones; los calzoncillos de cuerpo entero amarillentos mueven los brazos y las piernas, liberados por fin de arreglos conyugales, y nadan como el capitán Webb, hacia la libertad y hacia Francia.

Eso es lo que yo imaginaba. Pensaba que se abría una especie de válvula más arriba en el río y empezaba la inundación.

Sin embargo, en realidad la presa de Ladybower estaba más abajo en el valle que el pueblo de Derwent. No fue una inundación programada. Derwent murió gota a gota. A medida que iba cayendo la lluvia, iba quedando embotellada. Los arroyos fluían y quedaban allí contenidos. Ladybower cerró las compuertas río abajo y poco a poco se fue llenando el valle, siguiendo el curso de la naturaleza, gracias a los arroyos de la ladera y a los chaparrones que caían en los Peninos. Se llenó lentamente: del mismo modo que puedes terminar llenando un cuenco con tus lágrimas si lloras lo suficiente.

Veronica ya es vieja. Esto en parte lo entiende y en parte no. Siempre ha contemplado la idea de lo que ella llama «discontinuidades». Es decir, deslices en el tiempo o en el raciocinio, fisuras entre causa y efecto. También es capaz de mentir hasta la saciedad, normalmente para desconcertar a la gente o para quedar bien. No puedo contarte la de veces que me ha engañado de ese modo. Saco el mapa del valle de

Derwent a la luz. Vuelvo a mirarla tendida en la cama. Me sabe mal, ojalá pudiera decir otra cosa, pero el plano de las presas parece una representación en forma de diagrama del aparato reproductor femenino. Aunque no muy detallado: simplemente el que mostrarías a estudiantes de medicina de primer año, o a niños que insisten en preguntar. Un ovario es la presa de Derwent, mientras que el otro es la de Hogg Farm. Este segundo ramal desciende por Underbank hasta Cocksbridge. El otro, por Derwent Hall, pasando por la escuela y la iglesia, a través del pueblo inundado de Ashopton hasta el cuello del útero, en Ladybower House y Ladybower Wood: desde ahí hasta la presa de Yorkshire Bridge y el gran mundo que se extiende más allá.

Ahora también sé algo más: demolieron el pueblo antes de inundarlo. Lo derruyeron piedra a piedra. Esperaron a que el vicario hubiera muerto antes de derribar la casa parroquial. Pienso en el consistorio de Derwent y en el río poco profundo que fluía al lado, en el puente para los caballos de carga y el camino de herradura. Arrasaron el edificio y vendieron lo que pudieron. Por el suelo del salón, que era de roble, se pagaron cuarenta libras. Cada metro cuadrado de los paneles de madera se vendió por una libra y seis peniques.

El pueblo de Derwent tenía una iglesia, la de Saint James & Saint John. Había una patena de plata y una pila antigua que los paganos del ayuntamiento llegaron a utilizar como maceta. Había un reloj de sol y cuatro campanas, además de doscientos ochenta y cuatro cuerpos enterrados en el cementerio. No encontraron a nadie que quisiera llevarse esos huesos sin nombre, y la Comisión Hidrográfica decidió enterrarlos en tierras de su propiedad. Sin embargo, el propietario de la única casa del vecindario puso tantas objeciones que el proyecto terminó cancelándose. Al parecer, los muertos de Derwent tendrían que quedar bajo el agua.

No obstante, el cementerio de Bamford se ofreció para alojarlos en el último momento. Los cadáveres fueron exhumados uno a uno y se registró el estado en el que se encontraban: «esqueleto completo», junto con la naturaleza del subsuelo, el estado del ataúd y la profundidad a la que se encontraron. La Comisión Hidrográfica pagó quinientas libras y el asunto quedó zanjado. Un obispo se encargó de las oraciones.

El nivel del agua no paró de subir durante todo el año 1944.

Hacia el mes de junio de 1945, solo quedaban visibles unas cuantas jambas de piedra y el chapitel de la iglesia.

Cuando era niña, la gente me contaba que en los veranos calurosos el chapitel de la iglesia se erigía por encima de las aguas, inquietante y desolado bajo el sol abrasador.

Eso tampoco es cierto.

El campanario fue volado en 1947. Tengo una fotografía que lo confirma, donde aparece derrumbándose tras la explosión, justo en el instante en el que las piedras se reunieron con las ruinas que quedaban a sus pies. Pero Veronica no me creería aunque se la mostrara. Se limitaría a decir que solo intentaba fastidiarla. Le traen sin cuidado las pruebas, por lo visto. Tiene su propia versión del pasado y su propia manera de defenderla.

A veces, para pasar el rato, Veronica teje algo. Y digo «algo» porque no estoy segura de que nada de lo que teje pueda tener futuro como prenda, o de que llegue a ponérsela en algún lugar que no sea este. Mueve los codos de tal manera que las agujas de tejer siempre quedan apuntando hacia mí. Cuando entra la enfermera, deja caer las armas sobre las sábanas y sonríe mostrando su cara más afable.

Los sábados por la noche, en el pueblo en el que creció Veronica, los ingleses luchaban contra los irlandeses en una calle en concreto, llamada Waterside. De pequeña yo solía jugar en ese lugar tan desolado. Juncos, espadañas, barrizales. (Te quiero en casa a las siete y media, me decía siempre Veronica.) Espero que no fueran luchas serias. Que fueran más bien minuetos con botellas rotas. Al fin y al cabo, el sábado siguiente tenían que volver a luchar.

No; yo creo que eran la gente de Derbyshire, los salvajes. Dos hermanos solían rondar por los pubs, anunciándose entre sí: mi hermano luchará, correrá, saltará, jugará al cricket o cantará contra cualquier hombre del condado. El jugador de cricket acabó derribando al árbitro de un golpe en el único partido que jugó en primera división. Otro hermano, mientras regresaba a casa bajo la luz de la luna, mató a una persona, la arrojó por encima de un muro y se embarcó rumbo a América. Otro recorrió el camino de herradura desde Glossop hasta Derwent acompañado de un hombre que se

describía a sí mismo como médico, pero que posteriormente se descubrió que era un lunático homicida fugitivo.

Me gusta imaginar interconexiones. Tal vez ese «médico» era pariente mío, un irlandés psicótico que había sido confinado a un manicomio. Intenté contarle mi teoría a Veronica para ver si las fechas encajaban. Me dijo que no sabía nada sobre el camino de herradura ni sobre el lunático. Estaba a punto de creérmelo cuando una enfermera asomó la cabeza por la puerta.

—Ha llegado el doctor —dijo, por lo que tuve que levantarme y salir al pasillo.

—¿Café? —me preguntó un imbécil, señalando cinco centímetros de agua sucia que llevaba en una bandeja. Me limité a ignorar la pregunta. Apoyé la cabeza en un trozo de pared despejado, sobre el yeso limpio; estaba pintada en un tono neutro, como si lo hubieran hecho a propósito.

Al cabo de un rato, salió un médico y se me plantó al lado. Se aclaró la garganta de forma ostensible para llamar mi atención, y al ver que continuaba con la cabeza apoyada en la pared me dio unos toquecitos en el hombro hasta que miré a mi alrededor. Era un hombre de corta estatura, airado y con el pelo canoso. Era más bajito que yo y, de hecho, intentó comunicarme algo que sin lugar a dudas era malo. Mientras escribo esto, la altura media de una mujer inglesa está un poco por debajo del metro sesenta y cinco. Yo apenas llego al metro sesenta, y aun así soy claramente más alta que Veronica. Una lágrima me pica en el ojo. Es tan pequeñita. En el espacio de un suspiro soy testigo de mí misma: la lágrima queda procesada, marcada y derramada.

La presa de Ladybower tiene una superficie de 204 hectáreas. Su perímetro es de aproximadamente veinte kilómetros. La profundidad máxima es de cuarenta metros. Para construirla fueron necesarias cien mil toneladas de hormigón y un millón de toneladas de tierra. No me fío de unas cifras tan redondas, y estoy segura de que tú tampoco. Pero ¿te las puedo ofrecer como base para el debate? Cuando la gente habla de «enterrar el pasado» y dicen que algo es «agua pasada», estas son la clase de cifras a las que se refieren.

Los fantasmas de una vida

Hilary Mantel, conocida durante sus primeros años de vida como «Ilary», contó la historia de su infancia y adolescencia en sus memorias, *Los fantasmas de una vida*. Nació en 1952 en un pueblo industrial de Derbyshire, y pasó cuatro felices y provechosos años bajo el techo de sus abuelos, preparándose para las carreras que pensaba emprender como guardia ferroviario, caballero errante, entrenador de camellos egipcios y cura católico. Una vez cumplidos los cuatro años tuvo que ir a la escuela; no estuvo de acuerdo con la decisión, pero sabía que la dictaba la ley. A los seis años se mudó con su madre, su padre y su cada vez más numerosa familia a una casa encantada que quedaba a pocos minutos a pie. Un nuevo «padre» se unió al hogar poco después. Aunque llegado el momento Ilary llegaría a cruzar continentes, no solo no dejó atrás sus fantasmas, sino que con el tiempo se les unieron otros: los espectros anhelantes de los hijos que nunca tuvo. En sus memorias cuenta como, tras una infancia extraña, perdió la capacidad de engendrar, y como esos hijos que jamás llegó a dar a luz la persiguieron durante años y se convirtieron en parte de su vida y de su ficción.

Llegas a este lugar en la mediana edad. No sabes cómo has llegado hasta aquí, pero de repente te enfrentas a los cincuenta. Cuando te das la vuelta y miras atrás, vislumbras los fantasmas de otras vidas que podrías haber vivido. Todas tus casas están encantadas por la persona que podrías haber sido. Los espectros y los espíritus se arrastran bajo las alfombras y entre la urdimbre y la trama de las cortinas, merodean por los roperos y se tienden en el fondo de los cajones. Piensas en los hijos que podrías haber tenido y no tuviste. Cuando la partera dice «es niño», ¿adónde va a parar la niña? Cuando piensas que estás embarazada y resulta que no lo estás, ¿qué le ocurre a ese bebé que ya

se ha formado en tu mente? Lo dejas archivado en un cajón de tu conciencia, como un relato corto inacabado que al cabo de pocas líneas supiste que no iba a ninguna parte.

En febrero de 2002, mi madrina Maggie se puso enferma y las visitas al hospital me obligaron a regresar a mi pueblo natal. Murió tras una breve enfermedad a la edad de casi noventa y cinco años, y tuve que volver de nuevo para asistir a su funeral. Había acudido varias veces a lo largo de los años, pero en esa ocasión tuve que seguir una ruta concreta: por la calle sinuosa que había entre los setos y el muro de piedra, y luego subir por un sendero sin asfaltar al que, cuando yo era pequeña, la gente llamaba «el camino de carro». Ese camino sube por una cuesta hasta la vieja escuela, ahora en desuso; luego hasta el convento, en el que ya no quedan monjas, y finalmente hasta la iglesia. Cuando era una niña este era mi recorrido diario, una vez por la mañana para ir a la escuela y otra después del almuerzo. Siguiendo de nuevo esa ruta ya como adulta y vestida de negro para el funeral, sentí una opresión poderosa y familiar. Justo antes de la intersección de la carretera con el camino de carro me sentí superada por el miedo y la angustia. Miré de reojo, atemorizada, hacia la vegetación fría y húmeda, hacia las marañas de helechos: quería decir, alto, no sigamos. Recuerdo que cuando era niña solía pensar en salir corriendo de nuevo hacia la seguridad (relativa) de mi hogar. El punto en el que el miedo me superaba era cuando no había vuelta atrás.

Cada mes, desde los siete años hasta que me marché con once, subíamos la colina en fila india hasta la iglesia para confesarnos y para que nos perdonaran los pecados. Salía de allí sintiéndome, como es de esperar, limpia y liviana. Ese periodo de gracia nunca duraba más allá de los cinco minutos que tardaba en entrar de nuevo en el edificio de la escuela. Más o menos a los cuatro años había empezado a creer que había hecho algo malo. La confesión no afectaba a algún tipo de pecado esencial. Había algo en mi interior para lo que no había remedio ni redención posible. En la escuela la censura era constante, destrozaban de forma sistemática cualquier atisbo de espontaneidad. Nos imponían reglas que jamás habían sido articuladas, y que cambiaban en cuanto creías que por fin las habías aprendido. Desde la primera clase del primer día, fui consciente de que tenía que resistirme a lo que me encontrara allí. Cuando conocí a mis compañeros de clase y oí la tonada de aire tirolés («Buenos dí-i-as,

señorita Simpson»), pensé que estaba rodeada de lunáticos; y las maestras, malignas y estúpidas, me parecían las guardianas de esos lunáticos. Sabía que no tenía que sucumbir ante ellas. Que no debía responder a sus preguntas sin respuesta, o que las guardianas las formulaban solo para divertirse y pasar el rato. Que no debía aceptar que las cosas estaban fuera de mi capacidad de comprensión solo porque me lo hubieran dicho; tenía que seguir intentando entenderlas. Y así empezó un estado de lucha interna. El gasto de energía que requería mantener tus ideas intactas era extraordinario. Pero si no hacías al menos ese esfuerzo, te aniquilaban.

La historia de mi infancia es una frase complicada que siempre intento terminar, terminarla y dejarla atrás. Se resiste a que la termine, y en parte es porque las palabras no bastan; mi primer mundo era sinestésico, y estoy poseída por los fantasmas de mis impresiones sensoriales, que resurgen cuando intento escribir y se desvanecen entre las líneas.

Nos enseñan a recelar de nuestros primeros recuerdos. A veces los psicólogos falsifican fotografías para que la persona en cuestión, durante la infancia, aparezca en un escenario desconocido, en lugares o en compañía de gente a la que jamás ha visto en la vida real. Los sujetos al principio se asombran, pero luego (de un modo proporcional a sus ganas de complacer), acceden a fabricar un «recuerdo» que cubra esa experiencia que nunca tuvieron en realidad. No sé qué demuestra eso más allá de que algunos psicólogos pueden llegar a ser muy persuasivos, ciertos sujetos muy imaginativos y de que se nos invita a confiar en lo que percibimos por los sentidos, y nosotros, en efecto, nos dejamos llevar: confiamos en la prueba objetiva de la fotografía, no en nuestra perplejidad subjetiva. Es un truco, no es ciencia; se trata de nuestro presente, no de nuestro pasado. Aunque mis primeros recuerdos son dispersos, creo que no son ninguna confabulación, al menos no del todo, y lo creo por su abrumador poder sensorial; porque son completos y no formulaciones aproximadas, surgidas de generalizaciones sobre los sujetos engatusados por una fotografía. Cuando digo que «noté el sabor», lo noto, y cuando digo que «oí algo», lo oigo: no hablo sobre un momento proustiano, sino sobre una filmación proustiana. Cualquiera puede proyectar esos noticiarios cinematográficos antiguos, con un poco de preparación, con un poco de práctica; quizá resulte más sencillo para quien se dedica a escribir

que para la mayoría de la gente, pero tampoco estoy muy segura de ello. Tampoco me atrevería a afirmar que no importa lo que recuerdas, sino lo que crees recordar. Yo invierto en precisión; jamás diría «no importa, ya es historia». Por otro lado, sé que un niño pequeño percibe el tiempo de un modo extraño, de manera que un año parece una década y todo el mundo por encima de los diez años parece adulto y de la misma edad; así pues, pese a estar segura de lo que ocurrió, no estoy tan segura de la secuencia y de la cronología de los hechos. Asimismo, sé que cuando en una familia se impone el secretismo los recuerdos empiezan a distorsionarse, porque sus miembros confabulan para cubrir las lagunas de los hechos; tienes que encontrar algún sentido a lo que ocurre a tu alrededor, de manera que improvisas una narración lo mejor que puedes. Añades cosas y razonas al respecto, y las distorsiones engendran más distorsiones.

Aun así, creo que la gente es capaz de recordar: un rostro, un perfume: una o dos cosas ciertas. Los médicos solían decir que los bebés no sentían dolor; ahora sabemos que se equivocaban. Nacimos con sensibilidad; tal vez incluso nos conciben así. Parte de nuestra dificultad para confiar en nosotros mismos consiste en que cuando hablamos sobre los recuerdos tendemos a utilizar metáforas geológicas. Hablamos de las partes enterradas de nuestro pasado y asumimos que las más lejanas en el tiempo son las más inaccesibles: que hay que emprender una prospección para encontrarlas con la ayuda de un profesional de la hipnosis o un psicoterapeuta. No creo que los recuerdos funcionen de ese modo: creo más bien que se asemejan al «santuario amplio y sin fronteras» que describe san Agustín. O una gran llanura, una estepa, en la que todos los recuerdos se disponen uno junto al otro, a la misma profundidad, como las semillas en la tierra.

Hay un color de pintura que al parecer ya no existe, un pigmento característico de mi infancia. Es un carmesí atenuado, empapado por la lluvia, como el de la sangre seca. Lo veías en las puertas de paneles de las casas, y en los marcos de las ventanas de guillotina, en las verjas de los molinos y en esos altos portales de los pasajes entre las tiendas, por los que podías acceder a los patios traseros. Todavía se puede ver en los edificios más tiznados y desvencijados, en los que la limpieza por abrasión aún no ha descubierto el color miel en la piedra ennegrecida por el hollín: se puede detectar algún rastro, algún

rasguño. Los restauradores de grandes casas utilizan vestigios de pintura para identificar la paleta de colores original de los salones antiguos, salas de estar y huecos de escalera. Yo utilizo esos vestigios de pintura (digamos que del color de la sangre de buey) para renovar las estancias de mi infancia: luego fueron verde oscuro, crema y, más adelante, de un amarillo turbio que desaparecía a la altura de los hombros, como las secuelas de un incendio.

Cuando tengo seis años me acuestan en el dormitorio de mis padres en Brosscroft. De momento solo hay un dormitorio habitable en la casa. El catre del bebé está junto a la pared de la ventana, mientras que la cama de matrimonio ocupa el centro de la estancia y mi cama pintada de color crema es la que queda más cerca de la puerta. Estoy tendida bajo una manta de tartán y mis dedos retuercen y trenzan los flecos; trenzar, deshacer y trenzar otra vez: noto la aspereza de la lana en los dedos. Me esfuerzo en soñar; pienso en los indios americanos y en Jesús, porque Jesús es algo en lo que estoy obligada a pensar, por eso lo intento, lo intento de verdad. Pienso en mi tipi, en mi *tomahawk*, en el fornido alazán que me espera con una manta a rayas sobre el lomo, listo para salir a galopar por las praderas, hacia el rojo y polvoriento oeste. Luego pienso en que, en el piso de abajo, tal vez en este mismo instante, mamá se está poniendo el abrigo y está cogiendo el bolso.

Estoy convencida de que se marchará de noche, de que me abandonará. No deberíamos haber venido jamás a esta casa; deberíamos habernos quedado donde estábamos, con la abuela y el abuelo, en Bankbottom. Todo ha salido mal; tanto que no sé cómo expresarlo o comprenderlo; sé que cualquiera que pueda huir de un desastre debería hacerlo, aun si eso implica abandonar a los débiles, los viejos y los bebés entre los escombros. Mi madre es lista y está en forma, y pienso que saldrá corriendo y aprovechará la oportunidad que tiene de empezar otra vida, una vida mejor en otro lugar: un lugar digno de una princesa, donde vive su verdadera familia. Con sus sonrisas complacientes y el pelo de crepúsculo en llamas, no pertenece a este lugar, a estas sombras que la encierran: a estas habitaciones que se han llenado en silencio de observadores invisibles y hostiles.

Mi padre acuesta al bebé; ahora que está en el piso de arriba con

el bebé y conmigo, parece el momento más adecuado para la huida. Creo que, aunque esto casi podría matarme, lo soportaré mejor si sé en qué momento se marcha, si oigo que la puerta se cierra tras ella. Pero no lo soportaré si bajo por la mañana y me encuentro la cocina vacía y fría, calentada solo por el rostro de Elvis, ese rostro hinchado y reluciente como el sol naciente.

Por eso me quedo tendida y despierta, aguzando el oído, mucho después de que mi padre haya bajado, escuchando el zumbido de la luz nocturna y los sonidos de la casa. Por la mañana estoy demasiado cansada para levantarme, pero tengo que ir a la escuela si no quiero ir a juicio.

Me duelen los brazos y las piernas. El médico dice que son dolores del crecimiento. Un día me doy cuenta de que no puedo respirar. El médico dice que es porque pienso en ello, que si no pienso en respirar podré hacerlo sin problemas. En realidad, está harto de que le pregunten qué diantres me ocurre. Me llama «la pequeña Nuncabién». Me enfado. No me gusta que me pongan motes. Demuestra que tienen demasiado poder sobre mí.

La gente no debería poner motes. Ruidoquedito.

Jack viene a visitarnos. Viene a merendar. Estas meriendas parecen comidas aparte, extraordinarias, y tienen lugar en la gran cocina cuando las luces están encendidas y los jardines agrestes se sumen en la penumbra florida. Preparamos platos extraños y frívolos: sumergimos huevos en grasa borboteante, para que siseen como criaturas marinas y se hinchen hasta formar perlas con patas translúcidas de un color blanquecino. ¿Jack vendrá hoy?, pregunto. Ah, qué bien. Busco a alguien con quien casarme. Es algo que quiero dejar resuelto. Espero que Jack sirva, aunque es una lástima que no seamos parientes. Solo es alguien a quien conozco.

En Bankbottom están hablando sobre las últimas novedades de Roma: ¡el papa dice que puedes casarte con un primo segundo! Eso significa, según la gente, que Ilary podría casarse..., si quisiera, claro..., y luego empiezan a salir nombres de personas sobre las que nunca había oído hablar. Y me habría gustado: me interesa conocer a esos candidatos; soy, ahora ya lo sé, el tipo de persona que se casaría

con alguien de mi propia familia solo para conservarla unida, para asegurarme de que tendré suficiente gente conocida, tíos abuelos que necesiten queso de Cheshire, tías abuelas con sombrero discutiendo en voz baja y blandiendo cucharas sobre cuencos de melocotones en almíbar. Tengo un tío abuelo que estuvo en una prisión militar, «nuestro Joe es un laborista de los buenos», dice mi abuela; tengo una tía abuela que a cambio de dinero vendió la melena rubia. ¿Por qué son tíos abuelos y tías abuelas? ¿Dónde está la siguiente generación? ¿Dónde están sus hijos? Nunca nacieron, o murieron cuando todavía eran bebés. De pobreza, según mi madre, de neumonía. Escribo «neumonía». No sé que es una enfermedad, creo que no es más que un viento frío.

Un día Jack viene a merendar y no vuelve a su casa.

—¿No se marchará más? —pregunto.

Cae la noche en esta nueva dispensación; cae una y otra vez sobre mí. Durante las semanas siguientes me pongo furiosa y me confinan al cuarto acristalado. Jack y mi madre están sentados en la cocina. Salto a la ventana de la cocina y les hago muecas. Corren las cortinas y se ríen. Intento derribar la puerta trasera, pero la han cerrado con el pestillo.

Pataleo enfurecida desde el frío exterior. Me llamo Ruidoquedito.

No deberías juzgar a tus padres. En la mayoría de los casos (esa es la naturaleza de los padres), lo hicieron lo mejor que pudieron. Estaban desconcertados y sin blanca, y no podían permitirse pagar a un abogado, eran todos contra ellos y, si echas cuentas, adviertes que eran patéticamente jóvenes. Los árboles no les dejaban ver el bosque, por decirlo de alguna manera. Estaban enamorados o enfurecidos, se sentían traicionados o decepcionados de un modo amargo e, igual que nuestra generación, se aferraban a cualquier opción de mejorar, de cambiar, de conseguir una segunda oportunidad: se libraron de los grilletes de la lógica y, a pesar de la debilidad y de la desesperación, reunieron el coraje necesario para escupirle a la cara al destino. Eso es lo que hacen los padres. Creen que el amor puede conquistarlo todo, de lo contrario, ¿por qué habrían tenido hijos, por qué te habrían traído al mundo? No deberías juzgar a tus padres.

Cuando tienes seis, siete años, esto no lo sabes. Yo también tengo la sensación de haber sido juzgada: de haber cometido una afrenta sin nombre: de haber sido sentenciada, y de verme obligada a cumplir una pena inconcreta sin previo aviso.

En una mañana de sábado en Brosscroft, bajo temprano y, para mi sorpresa, allí está mi abuelo. Está en la despensa de estantes de piedra, donde el aire es frío incluso en agosto. Tiene las herramientas esparcidas porque ha estado ayudando a reparar algo de la casa, pero ahora ya las está limpiando y guardando en su estuche de lona.

—¿Qué haces, abuelo? —pregunto.

—Estoy recogiendo esto y me voy a casa, cariño —me responde.

Me alejo con un pesar en el corazón.

En la cocina, mamá me coge en brazos.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada.

—¿Qué?

Está ardiendo, tiene las mejillas coloradas, el pelo en llamas.

—¿Nada? ¿Quieres decir que no te ha dirigido la palabra?

Veo que se prepara otra bronca furiosa. Respondo sin ánimo, refugiándome en lo literal: como el mensajero estúpido que trae malas noticias dos veces.

—Me ha contado lo que hacía. Me ha dicho «Estoy recogiendo esto y me voy a casa, cariño».

El abuelo se marcha de nuevo a Bankbottom, con la columna firme y el cuello tieso. En algún lugar de la casa suena un portazo. Los cristales tiemblan en los marcos. Los armarios crujen, la cadeneta que sostiene el nuevo espejo del salón tiembla contra la alcayata. El descansillo de la escalera no tiene luz, está en el centro de la casa. Creo que veo a alguien doblando la esquina, por el pasillo que va al dormitorio en el que mi padre Henry está durmiendo en una cama individual. Las paredes son amarillas, en ese cuarto, y las cortinas están medio corridas.

¿Qué ocurre ahora? Se habla de nosotros por la calle. Se han roto ciertas reglas. Una oscuridad se cierne sobre nuestra casa. El aire se vuelve amargo, espeso, y se acumula formando nubes gaseosas en las

habitaciones. Me parecen tan densas que temo golpearme la cabeza contra ellas.

Ya tengo otro hermano; ¿de dónde salen? Los dos chicos duermen en el dormitorio principal, el mayor en mi cama de color crema y el pequeño en su catre. A mí me trasladan a la habitación de mi padre, que es el cuarto amarillo que hay al fondo del pasillo. En el pasillo no hay luz natural, solo una bombilla que, en lugar de alumbrarlo, arroja sombras que lo vuelven más lúgubre todavía. Nunca camino entre el descansillo superior de la escalera y mi cama, siempre paso corriendo. Nuestros dos cachorros lloran durante la noche. Tienen miedo. El hombre que viene a pintar el descansillo está asustado, pero se supone que yo no debería estar escuchando cuando lo comentan.

Se ha perdido la llave de la puerta. Ponemos la casa patas arriba para encontrarla. Comprobamos hasta la última superficie, hasta el último cajón. Rastreamos el suelo palpando con las manos y las rodillas. Todos los visitantes (aunque no sean muchos) se estrujan el cerebro y sus movimientos son interrogados a conciencia. Pasan un par de días y la llave vuelve a aparecer sobre el armario de la vajilla, justo en el centro.

Mi madre deja de ir a comprar a las tiendas. Mi abuela es la única que viene y va entre nuestra casa y Bankbottom. En la escuela los niños me preguntan cómo vivimos, quién duerme en cada cama. No comprendo por qué quieren saberlo, pero no les cuento nada. Odio ir a la escuela. Me pongo enferma a menudo, por culpa de esos dolores cada vez más frecuentes, de esa respiración en la que se supone que no tengo que pensar, de la fiebre como la que tuve en Blackpool y de los intensos dolores de cabeza que me dejan ojerosa. Cuando vuelvo a la escuela al cabo de unos días nadie parece conocerme y, aunque nadie me había dicho nada, resulta que he pasado de curso. La nueva maestra es la señorita Porter. No comprendo cómo escribe la aritmética. Me he perdido algo. Levanto la mano y le digo que no lo entiendo. Se me queda mirando con incredulidad. ¿Que no lo entiendo? ¿No lo entiendo? ¿Qué clase de rebelión es esa? ¿Por qué no me limito a copiar lo que escribe el niño que tengo al lado, como el resto de los tontos?

La señorita Porter dura muy poco en la escuela. Pero mi ignorancia se queda.

Una vez al año, en la escuela y la iglesia, teníamos Domingo de

Misiones y cantábamos sobre africanos e indios. Los llamábamos «negritos», y recaudábamos dinero para ellos. Si conseguías una buena colecta, te permitían tener uno. Durante la semana anterior al Domingo de Misiones cantábamos himnos especiales de melodías indistinguibles y letras apasionantes. «Por las esposas y viudas de los niños, bebés que se apresuran hacia sus tumbas...» ¿Qué edad debías tener para que te consideraran una esposa siendo una niña? ¿Cómo debía de ser la viudez a esa edad? Y los «bebés que se apresuraban hacia sus tumbas», ¿eran las propias esposas o sus hijos?

Lo más probable es que no acabara de comprender bien las letras; puede que mi versión no fuera más que una parodia de lo que ponía en la hoja de cantos. A los ocho años, pierdo el oído. Cuando alguien me habla, digo «¿qué?». Mientras repiten lo que ya me han dicho una vez, me recompongo y me recuerdo a mí misma que debo ordenar las piezas dispersas de mi atención. Las palabras me suenan borrosas; como el ala de una polilla, revoloteando alrededor de una lámpara de significado. Mis pensamientos no se mueven a la misma velocidad que las conversaciones humanas, lo hacen dos veces y media más rápido, más o menos, de manera que siempre tengo que estar recogiendo cable por lo que dice la gente, para descubrir a qué parte de qué pregunta se supone que estoy respondiendo. Continúo con mi costumbre de mirar a hurtadillas, de reojo, y empiezo a dominar el arte de notar las cosas a través de las puntas de los dedos. Las piezas de ajedrez ahora se mueven siguiendo mis órdenes. Henry y yo estamos sentados junto a la lámpara encendida, en el salón de la casa de Brosscroft. Los bebés están arriba, durmiendo como lirones, y mi madre y Jack se han marchado. ¿Adónde? ¿Han salido a bailar? No lo sé. Mi largo padre queda doblado en la silla cuando se sienta, y empuja un peón con gesto cansado; hasta que, en una noche inspirada, «lo enroco» desplazando el rey dos casillas y colocando una de las torres en una jugada poderosa, amenazadora, que me deja en una posición aventajada en la partida; él se inclina hacia delante, fascinado, y dice, ¿sabías que podías hacer eso? La verdad está entre el sí y el no. Tengo ocho años y no soy tan tonta como parezco. Apenas soy capaz de estudiar la partida, de estudiarla en secreto, para confundir a mi padre; aunque preferiría que pensara que el movimiento me ha salido solo, y sonrío con deslumbrada sorpresa cuando mi torre salta de su esquina, moviéndose como un tanque

campo a través para acabar con sus mejores defensores. Es importante no intentar ganar; mostrarme despreocupada. Por su parte, con la misma despreocupación, él va dejando por la casa libros de la biblioteca para que yo pueda leerlos: libros de la editorial Gollancz, de cubiertas amarillas. Leo a Arthur Koestler, *Reflexiones sobre la pena de muerte*. Y aprendo cosas; las incorporo a mis sueños. Sueño que he asesinado a alguien. Es mejor saber lo que me espera que ignorarlo.

Todos se ríen de mí porque no oigo las cosas, porque digo «¿qué?». Mi madre apuesta dinero a un caballo llamado Señor Qué. Gana el Grand National.

En los días en los que aún tenía siete años, tras la confesión y la primera comunión, volvía a casa de la escuela por Woolley Bridge Road, con el seto tiznado a mi izquierda y el muro a mi derecha, y tras el muro estaba la fábrica de envasados, en la que se procesaban y enlataban papillas de carnes inimaginables. Me seguía de cerca mi ángel de la guarda, siempre en mi hombro izquierdo, justo detrás de mí para que no lo viera. Y Dios también me acompañaba, realmente estaba convencida de ello. Podrías imaginar que le pedí que se manifestara y pusiera fin a lo que ocurría en Brosscroft: los portazos en plena noche, las rachas de viento que recorrían las habitaciones. Pero mi idea de Dios era distinta. No era un mago y no debía ser tratado como tal; no se le tenía que pedir que alterara y arreglara cosas como si fuera un fontanero o un carpintero, como mi abuelo con las herramientas guardadas en un rollo de lona. Había llegado a comprender a mi manera la gracia, ese canal con filtraciones entre las personas y Dios: ese canal lento, verde y lodoso que transcurría entre una persona y el Dios que llevaba dentro. Todos los sentidos son graciosos, agentes de la gracia: el tacto, el olfato, el sabor. La gracia de la música no es para una niña que se pasa el día diciendo «¿qué?». Mi madre ya nunca toca el piano; mi padre, casi nunca. A Jack no lo he visto nunca sentarse frente a él, sin duda porque es anglicano. Y yo soy incapaz de afinar; me lo hacen saber de un modo cruento. No sé cantar fa sol la si do sin desafinar. Puedes rezar para obtener la gracia, pero es algo que llega de forma inesperada, como una sequía. Es algo que no puedes planificar. Si no la pides, la consigues. Pasé un año

convencida de esto, reservando un espacio simple para Dios en mi interior: un espacio irregular rodeado de luz, un espacio de espera recortado en mi plexo solar. Subsistí esperando con atención, con buena disposición. Pero lo que llegó no fue Dios ni mucho menos.

A veces te topas con algo que no puedes escribir. Has escrito todo lo que se te ha ocurrido para evitar que la historia llegue hasta aquí. Sabes que, técnicamente, tu prosa no está a la altura. Y entonces dices, muy bien: al menos conozco mis limitaciones. O sea que elegiré palabras simples; poco a poco. Pero luego eres consciente de que los lectores, los que todavía hayan decidido quedarse contigo, se están preparando para una revelación de abusos sexuales. Ese es el horror habitual. El mío es más difuso. Envolvió mi vida con una mano asfixiante y no sé cómo, ni tampoco qué era.

Referencias de las citas

Capítulo «*Kill Bill Is a Gentleman*»: Verso del poema «The Old Vicarage, Grantchester», de Rupert Brooke.

Capítulo «Sacrificios»: William Shakespeare, *Antonio y Cleopatra*; acto 4 escena 14. Traducción de María Enriqueta González Padilla en *Tragedias*, Penguin Clásicos, Barcelona, 2016.

Capítulo «Curva es la línea de la belleza»: Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Editorial Crítica, Barcelona, 2013. Traducción de Francisco Rodríguez Adrados.

Capítulo «Aprender a hablar»: William Shakespeare, *Enrique VIII*, acto 2 escena 4. Traducción de Carlos Gamerro en *Dramas históricos*, Penguin Clásicos, Barcelona, 2016.

Capítulo «La rebelión de la tercera planta»: William Shakespeare, *Romeo y Julieta*, acto 5, escena 3. Traducción de Josep Maria Jaumà en *Tragedias*, Penguin Clásicos, Barcelona, 2016.

Notas

1. *«King Billy is a gentleman. / He wears a watch and chain. / The dirty Pope's a beggar / And he begs down our lane.»* Canción popular de Belfast de carácter independentista. *(N. del t.)*

1. En el poema anterior son relevantes la pronunciación de «a» y «ar», distintas según la región, lo que queda claro durante la audición. En el párrafo siguiente, el niño entiende «el par y la gloria», pero lo que se quiere decir es «el poder y la gloria». El *«parsing shot»* es un *«passing shot»*, pero la narradora entiende *«parsing»*, analizar algo gramaticalmente. *(N. del t.)*

2. En este poema la dificultad consiste en la pronunciación similar de las sílabas «oi» y «oy». *(N. del t.)*

Aprender a hablar
Hilary Mantel

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Learning to Talk*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, ©Martin Parr / Magnum Photos / ContactoPhoto

© Hilary Mantel, 2003

© de la traducción del inglés, Albert Vitó i Godina, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2024

ISBN: 978-84-233-6526-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!